

BOLIVAR COMO HEROE TRAGICO

**Aníbal Romero
Profesor Titular
Universidad Simón Bolívar
(2001)**

1

Escribir sobre Bolívar en Venezuela es tarea ardua y riesgosa. Lo primero, debido a los obstáculos que se interponen en el camino de separar la figura histórica del personaje de su mitologización puramente epopéyica, casi siempre simplista y en ocasiones distorsionada, forjada a través de décadas por decenas de apologistas y un sistemático culto oficial. Lo segundo, en razón del papel que esa imagen mitologizada cumple en la sociedad venezolana como factor de cohesión y orgullo nacional. Esta última realidad no sólo dificulta con frecuencia la evaluación desapasionada del hombre y su obra, sino que de hecho amenaza veladamente la perspectiva crítica con una potencial sanción social.

Al respecto, la Sociedad Bolivariana de Venezuela dejó claro, en un “llamamiento” a “los escritores nacionales de todos los estilos y tendencias”, que debemos observar una “pauta de reverencia” en los estudios sobre Bolívar, pues si bien es admisible que se “censure”, está también “muy mal la violación de obligados sentimientos para con el autor de nuestra libertad.”¹

Es claro que la definición de los alcances de esa “pauta de reverencia”, así como del contenido de esos “obligados sentimientos”, su naturaleza y límites, son cuestiones bastante subjetivas, y su manejo como mecanismo de presión y manipulación puede con facilidad asfixiar la audacia intelectual y debilitar el enfoque analítico. De hecho, y con escasas excepciones —entre las que destacan nombres como los de Germán Carrera Damas, Angel Bernardo Viso y

Luis Castro Leiva— el estudio de la carrera y el legado de Bolívar en Venezuela ha estado signado por una “pauta de reverencia”, que en realidad muchas veces ha ahogado, o como mínimo erosionado, el sentido crítico de no pocos de nuestros historiadores.

Pensar requiere coraje, y pensar sobre Bolívar en Venezuela exige ante todo entender que su figura histórica debe ser revaluada, pues sobre su trayectoria y logros, así como acerca del sentido y consecuencias de sus ejecutorias se ha tejido una inmensa y compleja red de espejismos, al igual que un culto cuasi-religioso, que hacen muy difícil acceder a la verdad histórica y hasta plantear preguntas cruciales sobre temas que resulta imperativo discutir. Además, el estudio y comprensión del presente requieren de una interpretación equilibrada, no ideológica ni manipulativa, del pasado. Ese pasado venezolano, que ha sido reducido a un mito, reclama una recuperación creativa, que sólo puede provenir del planteamiento de nuevas interrogantes y de su tenaz exploración.

Historiadores venezolanos, y aun algunos extranjeros, a veces atisban problemas que deberían impulsarles a una consideración más profunda, y hasta apuntan hacia asuntos que demandan una más cuidadosa explicación; sin embargo, sucede con frecuencia que no ahondan en las indagaciones que sus hallazgos sugieren, y se detienen ante la línea imaginaria de la “pauta reverencial”.

Por ejemplo, Caracciolo Parra Pérez, uno de nuestros más destacados y respetables historiadores, escribe al final de su justamente apreciada obra sobre la Primera República venezolana estas sorprendentes frases: “El precio de la independencia de Venezuela era tan alto, que sólo Bolívar podía pagarlo...El

¹ “Un llamado al patriotismo venezolano”, en, **Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela**, Vol 12, # 63, 1960, p. 276

Libertador impondrá la independencia a una población enemiga...”² A partir de estas retadoras observaciones, no obstante, Parra Pérez no hace explícitas preguntas que obviamente debieron al menos sugerírsele a un espíritu tan agudo como el suyo: ¿No pagó también el resto de los venezolanos el precio de la independencia, que fue por cierto muy elevado en ese momento y en sus proyecciones posteriores? ¿Qué tipo de factores concedían a Bolívar una especial autoridad moral para asumir que él tenía la obligación y el derecho de pagar ese precio, por él mismo y por los demás? O, dicho en otros términos, ¿qué tipo de motivación impulsaba a Bolívar, y le hacía sentirse poseedor de esa especie de fuero para “imponer” la independencia sobre una población que, en buena parte y por buen tiempo, no la quería? Son preguntas difíciles, no cabe duda, pero la afirmación de Parra Pérez las hace ineludibles.

Un prestigioso historiador extranjero, John Lynch, señala que en efecto “Bolívar nunca consiguió un apoyo de masas para la emancipación”, y recuerda que “la guerra de liberación dejó a Venezuela convertida en una tierra baldía”³; sin embargo, no extrae de estas apreciaciones interrogantes adicionales que parecerían hallarse a la espera de mayor profundización. Y un historiador tan importante como Laureano Vallenilla Lanz, de cuya valentía intelectual no podemos dudar, se sintió exigido a advertir, en la primera página de **Cesarismo democrático**, que “Decir que la guerra de la Independencia fue una guerra civil, no amengua en nada la gloria de nuestros Libertadores.”⁴ Uno se pregunta: ¿qué llevó al autor de la tesis según la cual la independencia “fue una guerra civil”, a colocar esa especie de nota absolutoria en el propio inicio de su texto? Aparte, por supuesto, de un comprensible temor a la sanción social derivada de violentar la “pauta reverencial”, ¿no se trataría acaso de una efectiva limitación en el ánimo del historiador, de una falla de su pulso crítico, enfrentado a un

² Caracciolo Parra Pérez, **Historia de la Primera República de Venezuela** (Caracas; Biblioteca Ayacucho, 1992), p. 534. También Angel Bernardo Viso señala que la nuestra es “una patria impuesta por la fuerza.” Véase su obra, **Memorias marginales** (Caracas: Monte Avila editores, 1991), p. 29

³ John Lynch, **Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826** (Barcelona: Editorial Ariel, 1998), pp. 198, 214-216

horizonte de posibles preguntas que podían llevarle “demasiado lejos” en la discusión de temas que han sido casi por completo sustraídos al debate crítico en nuestro medio?

Ha sido Germán Carrera Damas uno de los autores que con mayor determinación y visión crítica ha analizado nuestro proceso evolutivo en general, y los efectos perniciosos para el trabajo científico del cuasi-religioso “culto a Bolívar” en particular. Carrera Damas ha formulado interrogantes fundamentales, y una de ellas se refiere a la citada frase de Vallenilla Lanz. Al respecto dice: “¿No vendría al caso preguntarnos, por supuesto, de quién nos libertaron mediante una guerra civil, pero sin sacrificar la lógica en las aras del culto a los héroes?”⁵ En otro texto suyo, un meticuloso y agudo análisis del *Discurso de Angostura*, Carrera Damas pone de manifiesto la evidencia incontrovertible de que esa pieza oratoria de Bolívar constituye un verdadero “juicio al pueblo”, un pueblo que Bolívar percibe y describe en el texto como “ignorante”, “débil”, y “pervertido”, un pueblo que en su opinión tendría que “enrobustecer su espíritu mucho antes” de que lograra “digerir el saludable nutritivo de la Libertad.”⁶ Con sobradas razones, enfrentado al *Discurso* y su inequívoca percepción sobre las gentes que entonces integraban la población de Venezuela, Carrera Damas se interroga: “¿Qué sentido tenía hacer libre a un pueblo que no estaba en

⁴ Laureano Vallenilla Lanz, **Cesarismo democrático y otros textos** (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991), p. 19

⁵ Germán Carrera Damas, **Venezuela: Proyecto nacional y poder social** (Barcelona: Editorial Crítica, 1986), p. 40

⁶ Simón Bolívar, **Obras Completas** (Editorial Lex, La Habana, 1947), Tomo 2, pp. 1135-1136 (En adelante: **OC**). Bolívar no dejó lugar a dudas acerca del verdadero significado del *Discurso* cuando escribió lo siguiente a Guillermo White, remitiéndole el texto: “Tenga usted la bondad de leer con atención mi discurso, sin atender a sus partes, sino al todo de él. Su conjunto prueba, que yo tengo muy poca confianza en la moral de nuestros conciudadanos, y sin moral republicana, no puede haber gobierno libre”, **OC**, 1, p. 442. Resulta interesante constatar que José de San Martín expresó convicciones similares a las articuladas por Bolívar en el *Discurso*: “Era moralmente imposible —escribía en 1816— el que nosotros mismos nos constituyésemos; somos muy muchachos y nuestros estómagos no tienen suficiente calor para digerir el alimento que necesitan”, citado en, John Lynch, **Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826** (Barcelona: Editorial Ariel, 1998), p. 69. Impresiona comprobar que los dos más destacados dirigentes de la independencia hispanoamericana percibían con tan notorio pesimismo las perspectivas del escenario donde les tocó actuar.

condiciones de serlo, realmente?”⁷ La pregunta es clave, y a ella volveremos en estas páginas. Sin embargo, y como con acierto señaló Luis Castro Leiva, el mismo Carrera Damas no deja de sucumbir, al menos parcialmente, bajo el peso del culto que tanto ha hecho por denunciar, pues en su más relevante obra sobre el tema,⁸ el historiador sigue considerando el pensamiento de Bolívar como “el centro de reunión de toda aspiración político-moral transformadora.”⁹ En otras palabras, la abrumadora influencia del culto se encuentra también en uno de sus más lúcidos críticos, al menos en una primera etapa de su análisis.¹⁰

Angel Bernardo Viso, por su parte, ha formulado también con claridad y fuerza intelectual cuestionamientos trascendentales en torno a la versión tradicional, puramente epopéyica y mitologizadora de la Historia Patria en general, y del legado bolivariano en especial. Con relación al segundo aspecto, Viso ha escrito que:

“...es bueno tener presente que si Bolívar reúne todos los caracteres requeridos para ser calificado como un gran héroe, no solamente en razón de sus triunfos militares, también es cierto que su vida fue desgraciada y concluyó con un fracaso político de dimensiones gigantescas...Y en vista de que su trayectoria vital es un arquetipo que se nos propone para ser imitado íntegramente, también el fracaso de esa vida continúa gravitando sobre nuestro destino, como podría hacerlo un maleficio esterilizador.”¹¹

¿A qué fracaso político se refiere Viso? Para precisar el punto, conviene recordar unas frases muy poco citadas pero en extremo significativas de Bolívar, escritas en 1816: “En vano —dijo en esa oportunidad a José Cortés Madariaga— las armas destruirán a los tiranos, si no establecemos un orden

⁷ Germán Carrera Damas, **Validación del pasado** (Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, 1975), p. 192

⁸ Germán Carrera Damas, **El culto a Bolívar** (Caracas: Ediciones de la Biblioteca, U.C.V., 1973).

⁹ Luis Castro Leiva, “El historicismo político bolivariano”, **Revista de Estudios Políticos**, Madrid, # 42, 1984, p. 80

¹⁰ En obras posteriores, Carrera Damas ha adoptado criterios todavía más independientes y autónomos con respecto a los cánones establecidos por el “culto”. Véase, por ejemplo, su ya citado libro, **Venezuela: Proyecto nacional y poder social**, pp. 120-142

¹¹ Angel Bernardo Viso, **Venezuela: Identidad y ruptura** (Caracas: Alfadil Ediciones, 1982), pp. 66-67

político capaz de reparar los estragos de la revolución.”¹² ¿Estableció Bolívar ese orden?; ¿se repararon los estragos?; ¿desembocó la independencia venezolana, como la de los Estados Unidos, en la edificación de un andamiaje de instituciones, normas y principios políticos estable, civilizado, y duradero, capaz de propiciar el progreso pacífico y libre de los ciudadanos de la nueva República?

La respuesta a tales preguntas es obviamente negativa. Y no se trata de colocar sobre los hombros de Bolívar toda la carga de la culpa por resultados tan desalentadores. Al menos él tuvo el sentido de responsabilidad de ocuparse del problema fundamental de las consecuencias del proceso, y de procurar en lo posible presentar opciones institucionales con las que pretendió, sin éxito, sustituir las estructuras derribadas por la voluntad de su espada por otras diferentes pero igualmente consolidadas, y adecuadas además para hacer realidad la tan ansiada “libertad”. No obstante, el fracaso de Bolívar, que no fue militar sino *político* —un fracaso parcial, pues logró la emancipación nacional, mas no el orden y estabilidad internas— hunde a mi modo de ver sus raíces en su propia concepción originaria del sentido, necesidad, y resultados probables de una revolución hecha del modo y al precio en que él estuvo dispuesto a hacerla, liderizarla, y conducirla hasta sus más extremas consecuencias. ¿Qué motivó a Bolívar?; ¿cómo imaginó el proceso revolucionario?; ¿con base en qué concepciones y expectativas orientó su titánico esfuerzo personal?; ¿qué sacrificios estuvo preparado a hacer, de sí mismo y de otros, para lograr sus fines?; ¿cómo evaluó, él mismo, los resultados de su lucha?; y ¿qué costos y consecuencias tuvo y ha tenido, hasta llegar a nosotros, esa revolución? Finalmente: ¿qué explica su fracaso político?; ¿había alternativa, o estaban sembradas las semillas de su desilusión final en la misma simiente original en que germinó la independencia?

2

¹² Bolívar, **OC**, 1, p. 222

Uno de los aspectos que más impresiona en la carrera política de Bolívar es la aguda conciencia de fracaso que la permea, sobre todo —pero no exclusivamente— en sus etapas postreras. Son incontables las manifestaciones al respecto en su voluminosa correspondencia,¹³ mas tal vez ninguna frase suya sea tan reveladora de su congoja ante los resultados de su empeño como aquella de septiembre de 1830, en carta dirigida a Estanislao Vergara: “Créame usted —le dijo—, nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones; y últimamente he deplorado hasta la que hemos hecho contra los españoles.”¹⁴ Muy conocida es la evaluación definitiva que llevó a cabo, alrededor de un mes antes de morir, sobre los logros obtenidos: “...yo he mandado veinte años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1) la América es ingobernable para nosotros; 2) el que sirve una revolución ara en el mar; 3) la única cosa que se puede hacer en América es emigrar; 4) este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas...”¹⁵ Su diagnóstico acerca de lo que esperaba a las naciones independizadas no fue errado; al contrario, Bolívar puso de manifiesto una extraordinaria lucidez a lo largo de su carrera, pero especialmente en sus últimas etapas, con relación a los costos y resultados de una revolución en la que, en sus palabras, “tan infausta es la derrota como la victoria; siempre hemos de derramar lágrimas sobre nuestra suerte...Semejante a la corza herida llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio; porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña. Dichosos los que mueran antes de ver el desenlace final de este sangriento drama.”¹⁶

¹³ Véase, por ejemplo, *Ibid.*, 1, pp. 560, 708-709.; 2, pp. 641, 694, 705-706, 771, 920, 933

¹⁴ *Ibid.*, 2, p. 922

¹⁵ *Ibid.*, 2, p. 959

¹⁶ *Ibid.*, 1, p. 995. En otra parte hizo esta descripción del medio: “Nosotros estamos en el centro del Universo y en contacto con todas las naciones; ¿quién puede decir otro tanto? Tenemos dos millones y medio de habitantes derramados en un dilatado desierto. Una parte es salvaje, la otra esclava, los más son enemigos entre sí y todos viciados por la superstición y el despotismo...Esta es nuestra situación; esta es Colombia...”, *Ibid.*, 1, pp. 708-709

El esfuerzo por proteger a toda costa la visión puramente heroica de la independencia, ocultando sus consecuencias e implicaciones, se ha expresado también en la minimización de la relevancia de los escritos de Bolívar, sobre todo en lo que respecta a su visión de las condiciones del pueblo venezolano de la época, así como también en lo que tiene que ver con su desgarrador balance del proceso revolucionario y su impacto político-social. En tal sentido, es fundamental tener claro que desde el propio comienzo de su carrera político-militar, cuando redacta el *Manifiesto de Cartagena*, Bolívar asume una actitud ambigua hacia la naturaleza de la guerra que ha comenzado y en la cual él desplegará un rol protagónico. Por una parte, Bolívar, en dos ocasiones en ese escrito, se refiere a la contienda como una “guerra civil”¹⁷; sin embargo, y por otra parte, en el análisis que allí realiza sobre las causas de la caída de la Primera República venezolana, Bolívar no menciona el hecho evidente de que, posiblemente, la principal de todas esas causas fue la carencia de apoyo popular al proyecto inicial mantuano. En efecto, en ningún momento en ese escrito primigenio Bolívar toca ese punto crucial, y cabe conjeturar qué razones pueden explicar semejante omisión. Una explicación no tan aventurada tiene que ver con la naturaleza del documento y su objetivo prioritario, que era obtener ayuda de parte del gobierno patriota de la Nueva Granada para invadir Venezuela —cosa que eventualmente hizo Bolívar en 1813 con su “campana admirable”. Mal podía Bolívar solicitar apoyo a una causa reconociendo al mismo tiempo la ausencia de respaldo entre la mayoría. ¿Silencio deliberado?; tal vez.

Otra explicación, plausible en cierta medida, se encuentra en que quizás Bolívar todavía no captaba, a fines de 1812, la magnitud de esa *cuestión social* —entendida acá como el desapego y hostilidad de la mayoría de los venezolanos de la época hacia un proyecto independentista liderizado por el sector privilegiado—, y por lo tanto no la enfocaba con la debida claridad. Cabe recordar que Bolívar, un mantuano, había llevado antes de 1810 una existencia

¹⁷ Ibid., 2, pp. 1001, 1003

personal acomodada y despreocupada en Venezuela y el exterior; su conocimiento del país era entonces superficial, y su idealismo juvenil y formación intelectual de corte europeo probablemente le llevaban a imaginar una confrontación romántica entre valerosos patriotas y malvados realistas, en tanto que la cruda realidad mostraba el feo rostro de una contienda fratricida entre venezolanos, muchos de los cuales se acogían a las banderas del Rey español. Reconocer ésto fue siempre muy difícil para Bolívar —o en todo caso políticamente inconveniente; de allí su ocasional evasión de la cuestión social en sus escritos, y sus reiterados intentos de enfrentarla mediante una “contención” política del pueblo, con instituciones que controlasen y canalizasen lo que él denominaba su “ímpetu hacia la licencia.”¹⁸

En ese *Manifiesto*, el primer gran documento político que salió de su pluma, Bolívar expone con la concisión y absoluta franqueza de que con frecuencia era capaz, su temprana y perenne convicción acerca de las enormes limitaciones que el pueblo venezolano de entonces experimentaba para gobernarse a sí mismo, y dotarse de instituciones políticas moderadas que estableciesen un marco de libertad para los individuos, limitando el poder del gobierno y abriendo espacios para el ejercicio de una práctica responsable de los derechos ciudadanos. Con no poca crudeza, Bolívar cuestiona las elecciones populares, hechas “por los rústicos del campo, y por los intrigantes moradores de las ciudades”, pues “los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente, y los otros tan ambiciosos que todos lo convierten en facción.”

¹⁹ La pregunta inevitable, con base en esas apreciaciones, es: ¿quién entonces

¹⁸ Esta línea de razonamiento se desarrolla con inequívoca claridad y plena coherencia en el *Discurso de Angostura*, OC, 2, pp. 1147-1152. Laureano Vallenilla Lanz afirma en una de sus obras que Bolívar “fue el primero en descubrir y exponer, acaso con imprudente claridad, el carácter social de la magna lucha, sobre todo en Venezuela.” El destacado historiador, no obstante, no desarrolla esta línea de argumentación. Véanse sus **Críticas de sinceridad y exactitud** (Caracas: Ediciones Garrido, 1956), p. 109. A mi modo de ver, Bolívar alcanzó una conciencia plena acerca de la relevancia del tema social en la guerra de independencia luego de las terribles experiencias de 1813-1814, experiencias que elaboró con madurez en el plano intelectual un poco más tarde.

¹⁹ *Ibid.*, 2, p. 1002

podría votar?, pues los habitantes del país, obviamente, o bien vivían en el campo o bien en las ciudades.

En su *Carta de Jamaica*, redactada en 1815 y luego del derrumbe de dos Repúblicas venezolanas, de la irrupción de Boves y sus llaneros, de la emigración de lo que restaba del mantuanismo caraqueño al oriente del país, y la expulsión de Bolívar, los conceptos esbozados primeramente en el *Manifiesto* se afinan luego en varias direcciones. Cabe señalar, antes de tratarlos, que al salir de Venezuela en 1814 Bolívar reconoció explícitamente en el llamado *Manifiesto de Carúpano* que fueron sus “hermanos y no los españoles” los que le derrotaron; no obstante, lejos de profundizar en un asunto de tan extraordinaria significación, Bolívar afirma que “no es lo acsequible (sic) lo que se debe hacer, sino aquello a que el derecho nos autoriza.”²⁰ Lo que no queda claro es a qué derecho en concreto se refiere, un derecho que presuntamente le autorizaba a imponer su voluntad sobre la de una mayoría que le había derrotado, así como tampoco queda claro por qué Bolívar consideraba que él era su único y legítimo intérprete. Simplemente, lo asumía de esa manera.

Ahora bien, en la *Carta de Jamaica* Bolívar ratifica su convicción acerca de la falta de preparación del pueblo americano (y venezolano en particular) para gobernarse civilizadamente, pues “nuestros compatriotas” carecen de los “talentos y virtudes políticas” necesarias para ello, y “desgraciadamente estas cualidades parecen estar muy distantes de nosotros en el grado que se requiere...”²¹ La *Carta* se hace eco de las más extremas denuncias acerca de la naturaleza y efectos de la conquista y colonización españolas de América; sin embargo, en momentos críticos previos Bolívar había sido capaz de asumir una postura mucho más equilibrada sobre el asunto. Por ejemplo, en mayo de 1814, ante la evidencia de las devastaciones que la guerra estaba produciendo en el país, dijo esto: “Terribles días estamos atravesando: la sangre corre a torrentes:

²⁰ Ibid., 2, pp. 1068-1069

²¹ Ibid., 1, p. 168

han desaparecido *los tres siglos de cultura, de ilustración y de industria...*²² No había sido, por tanto, la colonización española tan sólo el “frenesí sanguinario” al que se refiere en la *Carta*.²³ Y llama la atención que en este mismo documento, y de modo contradictorio con otras aseveraciones en el texto, Bolívar escribe que: “El hábito a la obediencia; un comercio de intereses, de luces, de religión; una recíproca benevolencia; una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España.”²⁴ Afirmaciones sorprendentes en vista del marco en que se insertaban.

¿Qué podía entonces esperarse de una revolución dinamizada por un pueblo que —en sus propias palabras— surgía de un “origen impuro?”²⁵ “Nosotros —escribía en 1826— somos el compuesto abominable de esos tigres cazadores que vinieron a la América a derramarle su sangre y a encastar con las víctimas antes de sacrificarlas, para mezclar después los frutos espúreos de estos enlaces con los frutos de esos esclavos arrancados del Africa. Con tales mezclas físicas; con tales elementos morales, cómo se pueden fundar leyes sobre los héroes y principios sobre los hombres?”²⁶ Si esto era así, de acuerdo con Bolívar, ¿por qué extrañarse con el desenlace del proceso?, ¿cómo asombrarse con el hecho de que, ya hacia 1829, Bolívar constataba que “En este inmenso continente flota el desorden como las olas en el océano?”²⁷ “En semejantes países —añadía poco más tarde— no puede levantarse un libertador sino un tirano.”²⁸ No debería intrigar, por tanto, el hecho de que Bolívar admitiese que el resultado de sus esfuerzos podía sintetizarse así: “Este es un caos... insondable y que no tiene pie ni cabeza, ni forma ni materia; en fin, esto es nada, nada, nada...estoy espantado de la situación...No hay cohesión en esta república. Yo me mato en balde y tontamente...”²⁹

²² Ibid., 2, p. 1066

²³ Ibid., 1, p. 160

²⁴ Ibid.

²⁵ Ibid., 1, p. 1390

²⁶ Ibid.

²⁷ Ibid., 2, p. 641

²⁸ Ibid., 2, p. 665

²⁹ Ibid., 2, pp. 641, 694, 771

Bolívar comprendió con clarividencia que “esta inmensa revolución no la encadena nadie.”³⁰ Lo paradójico del caso es que Bolívar había expuesto en su *Discurso de Angostura* una realidad esencial acerca del panorama sociopolítico de la América española en vísperas de la revolución, cuando indicó que “La diversidad de origen requiere un pulso infinitamente firme, un tacto infinitamente delicado para manejar esta sociedad heterogénea cuyo complicado artificio se disloca, se divide, se disuelve con la más ligera alteración.”³¹ Parece obvio que Bolívar no captó esto con la claridad necesaria en 1810-11, cuando él y muchos otros miembros de la élite venezolana se arrojaron, con gran entusiasmo pero escasa previsión, al torbellino revolucionario. Esa sociedad heterogénea, que por trescientos años se había ajustado al delicado mecanismo de una abstracta y lejana —pero eficaz— legitimidad, centrada en el principio monárquico, ¿no iba necesariamente a desmembrarse, y de modo en extremo violento, al precipitarse en lo que el mismo Bolívar definió como “el caos de la revolución?”³² “Desde esa época, decía más tarde Bolívar, “los elementos del mal se han desarrollado visiblemente. Dieciseis años de amontonar combustibles van a dar el incendio...Yo creo que bien pronto no tendremos más que cenizas de lo que hemos hecho.” Y concluía su evaluación sobre el destino de su esfuerzo así:

“La esclavitud romperá el yugo; cada color querrá el dominio, y los demás combatirán hasta la extinción o el triunfo. Los odios apagados entre las diferentes secciones volverán al galope, como todas las cosas violentas y comprimidas. Cada pensamiento querrá ser soberano, cada mano empuñar el bastón, cada espada manejada por el primer ambicioso, cada toga la vestirá el más turbulento. Los gritos de sedición resonarán por todas partes. El trueno de la destrucción ha dado la señal.”³³

Bolívar escribía esas líneas en 1826. Se trataba de una visión tan descarnada como atinada, y los eventos no tardaron mucho en demostrarlo. No obstante, no era nueva. Bolívar se persuadió tempranamente de que la

³⁰ Ibid., 2, p. 704

³¹ Ibid., 2, p. 1141

³² Ibid., 1, p. 167

independencia, lejos de anunciar para las nuevas naciones un porvenir venturoso, abriría las puertas a nuevas guerras civiles. Por ello manifestó innumerables veces el mismo sentimiento: “Yo tiemblo...delante de lo futuro: más horrible me parece el porvenir que lo pasado.”³⁴

3

A Bolívar no puede acusársele de haber carecido de lo que Henry James llamó “la imaginación del desastre.”³⁵ Al contrario, lo que verdaderamente asombra es la aguda conciencia que tuvo sobre las consecuencias probables de su gesta histórica, y la manera descarnada como analizó algunos de los aspectos fundamentales del proceso en su correspondencia privada. Tales eran sus temores que una vez llegó a decir: “Yo temo más a la paz que a la guerra”³⁶; y en otra oportunidad comentó lo siguiente: “Yo considero al Nuevo Mundo como un medio globo que se ha vuelto loco y cuyos habitantes se hallasen atacados de frenesí y que, para contener este flotamiento de delirios y de atentados, se coloca en el medio, a un loquero con un libro en la mano para que les haga entender su deber.”³⁷ Su pronóstico difícilmente pudo ser más sombrío: “...no pudiendo soportar nuestro país ni la libertad ni la esclavitud, mil revoluciones harán necesarias mil usurpaciones.”³⁸ Bolívar preveía —y ese fue el término que usó— una “catástrofe”, y decía que

³³ Ibid., 1, pp. 1406-1407

³⁴ Ibid., 1, p. 723. Y en una carta a Santander del 30 de octubre de 1823, comentando el armisticio entre España, México, y Buenos Aires, y recomendando su aceptación, Bolívar decía: “El armisticio es mejor que la paz, aunque cueste más aparentemente, pues no tengo la menor duda de que más nos costará la guerra civil, que nacerá el mismo día que cesen las tempestades transmarinas”, Ibid., 1, p. 826

³⁵ Sobre este punto, véase, Michael Oakeshott, **La política de la fe y la política del escepticismo** (México: FCE, 1998), p. 60.

³⁶ OC, 1, p. 560

³⁷ Ibid., 2, p. 350

³⁸ Ibid., 2, pp. 705-706. Más tarde escribía: “Nunca he considerado un peligro tan universal como el que ahora amenaza a los americanos: he dicho mal, la posteridad no vió jamás un cuadro tan espantoso como el que ofrece la América, más para lo futuro que para lo presente, porque, ¿dónde se ha imaginado nadie que un mundo entero cayera en frenesí y devorase su propia raza como antropófagos?” Ibid., 2, p. 933

esta última “no se puede evitar aunque se hicieran esfuerzos sobrenaturales.”³⁹
 ¿Qué le angustiaba tanto?

Sobre el espíritu de Bolívar se posaban, siempre inquietantes, las amenazas de la anarquía y lo que él denominaba “la pardocracia”. En 1829 decía que “sin muchas exageraciones, se puede llamar a este hemisferio el de la anarquía...”⁴⁰, a lo que se sumaba su profundo temor a la “pardocracia”, es decir, al posible dominio político de la mayoría no-blanca en sociedades que se hallaban en proceso de disolución, a consecuencia de la rotura de los vínculos coloniales y de las devastaciones de la guerra. Bolívar estaba convencido de que esa mayoría no se hallaba preparada para regir su propio destino.⁴¹ En la *Carta de Jamaica* previó, en cuanto al porvenir cercano, un período de transición en el que imperarían serias dificultades, período que en su opinión requeriría “de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra.”⁴² Inicialmente, Bolívar confiaba que el progresivo mestizaje y la igualdad legal entre los ciudadanos crearían paulatinamente las bases de la estabilidad y la prosperidad en las nuevas naciones, y éstas eran sus reflexiones al menos hasta 1819, en su *Discurso de Angostura*⁴³; no obstante, de manera gradual, y —paradójicamente— a medida que aumentan sus logros militares, el pesimismo se acrecienta en su ánimo, hasta un punto en que pierde la esperanza en la posibilidad de detener la “pardocracia”: “la igualdad legal — escribe en 1825— no es bastante por el espíritu que tiene el pueblo, que quiere

³⁹ Ibid., 2, p. 772

⁴⁰ Carta a Patrick Campbell, fechada en Quito el 26-04-1829, publicada en el **Boletín** de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, #154, p. 131, citada en, Francisco A. Encina, **Bolívar** (Santiago: Editorial Nascimento, Tomo VII, 1965), p. 506

⁴¹ Como se dijo antes, esta honda convicción de Bolívar queda explícita, de manera especialmente clara, en el *Discurso de Angostura*, y otros muchos pasajes de su extensa correspondencia. También interesa conocer el reporte que el agente inglés J. Mailing transmitió a su gobierno, luego de sostener (el 18 de marzo de 1825) una extensa conversación con Bolívar. De acuerdo a este reporte, Bolívar dijo a Mailing que “De todos los países, Suramérica es la menos apta para gobiernos republicanos. ¿En qué consiste su población sino en indios y negros más ignorantes que la vil raza de los españoles de la que acabamos de emanciparnos? Un país representado y gobernado por gente así tiene que ir a la ruina.” Citado en, Salvador de Madariaga, **Bolívar** (Santo Domingo: Ediciones Cultura, 1979), Tomo II, pp. 297-298. La lectura de la correspondencia de Bolívar en esa época concede verosimilitud a lo expuesto por Maning en su reporte.

⁴² OC, 1, p. 169

que haya igualdad absoluta, tanto en lo público como en lo doméstico; y después querrá la pardocracia, que es la inclinación natural y única, para exterminio después de la clase privilegiada.”⁴⁴ Un año más tarde concluía que “solamente un hábil despotismo puede regir a la América”, y repetía su advertencia: “Guinea y más Guinea tendremos; y esto no lo digo de chanza, el que escape con su cara blanca será bien afortunado...”⁴⁵

La “historia oficial” pierde con frecuencia de vista que Bolívar era un hombre de sus circunstancias, con una posición concreta dentro de su sociedad. Lynch sostiene que Bolívar “se consideraba libre de prejuicios raciales”⁴⁶, y asevera que: “Su primera preocupación fue la sociedad más que la raza; pudo usar el lenguaje de color, pero fue la estructura de la sociedad de que hablaba”⁴⁷. Ello me parece cierto en un sentido moral, pues Bolívar mostró a lo largo de su carrera ser capaz de luchar codo a codo junto a hombres de todos los orígenes, y siempre combatió por la igualdad legal de los diversos grupos sociales y étnicos. No obstante, cabe insistir que Bolívar era un hombre situado en un tiempo y en un espacio definidos, que asumía como natural el sentido de superioridad de su sector social en la Venezuela de entonces. Si bien la evidencia documental indica que esa superioridad era entendida por Bolívar como el resultado de la posición sociocultural privilegiada de ese grupo mantuano y blanco, y no como producto de factores raciales⁴⁸, lo cierto es que las realidades del momento le llevaban a ver con enorme preocupación lo que calificaba como “enemistad natural de los colores”⁴⁹, y pensaba que una revuelta

⁴³ Allí dijo: “La naturaleza hace a los hombres desiguales...Las Leyes corrigen esta diferencia...La sangre de nuestros Ciudadanos es diferente, mezclémosla para unirla...”, *Ibid.*, 2, pp. 1140, 1149

⁴⁴ *Ibid.*, 1, p. 1076

⁴⁵ *Ibid.*, 1, pp. 1390-1391

⁴⁶ Lynch, **Las revoluciones...**, p. 207

⁴⁷ John Lynch, “Más allá de la revolución: Bolívar y el ascenso de la pardocracia”, en, **Congreso Bicentenario de Simón Bolívar** (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985), Tomo III, p. 213

⁴⁸ Sobre este punto, consúltese, **OC**, 2, pp. 1140-1141

⁴⁹ **OC**, 2, p. 337

de los grupos sociales mayoritarios era el mayor de los peligros, “mil veces peor que una invasión española.”⁵⁰

Sobre este tema clave, el de las tensiones presentes en una sociedad profundamente desigual por razones derivadas del color de la piel de sus integrantes, Bolívar asumió una actitud ambigua: Por un lado, sobre todo a partir de 1815, lo percibió con agudeza en sus diversas implicaciones; por otro, tendió en ocasiones a evadirlo o a minimizar, tal vez deliberadamente, su importancia política. Con relación a ello, ya mencioné que en el *Manifiesto de Cartagena* la “cuestión social” ocupa poco espacio. Lo mismo ocurre en la *Carta de Jamaica*, documento en el que —quizás más que en ningún otro de su vida pública— Bolívar habló como un miembro de la cúpula social,⁵¹ y “expresaba los conceptos de los criollos.”⁵² De hecho, en una carta escrita el mismo mes de septiembre de 1815, poco después de la conocida como “de Jamaica”, y dirigida al editor de un periódico en Kingston, Bolívar hizo esfuerzos por presentar un panorama idílico entre los diversos grupos sociales y razas en América, cuestionando la idea de que la mayor dificultad para obtener la independencia fuese “la diferencia de las castas que componen la población de este inmenso

⁵⁰ Ibid., 2, p. 211. De hecho, el 17 de junio de 1814, desde Caracas, Bolívar escribió una reveladora carta al Ministro del Exterior británico solicitando la ayuda inglesa frente a la amenaza representada por la rebelión de los esclavos en Venezuela. En ella le dice: “El ejemplo fatal de los esclavos y el odio del hombre de color contra el blanco... van a contagiar todas las Colonias Inglesas, si con tiempo no toman la parte que corresponde para atacar semejantes desórdenes... V.E. no violará de modo alguno la neutralidad de su Gobierno si en un caso tan extraordinario toma el partido de favorecernos con algunos socorros militares... para contener los excesos que puedan tener una tendencia directa a perturbar la tranquilidad y sosiego de las colonias de Su Majestad Británica”, *ibid.*, 1, p. 98. Sobre este episodio, véase, Juan Uslar Pietri, **Historia de la rebelión popular de 1814** (Caracas-Madrid: Edime, 1972), p. 138. Ya el 5 de marzo de 1813, los hermanos Toro, mantuanos refugiados en Trinidad, dirigieron al Príncipe Regente inglés un memorial en el que decían: “La población de Venezuela contiene cuatro quintas partes de hombres de color cuyos anhelos y ambiciones se hallan estimulados por las esperanzas que concibieron durante los últimos años... esta multitud sin principios renovará por desgracia, en nuestro país... escenas trágicas... cuyo ejemplo, como chispa eléctrica, puede comunicarse a estas colonias, tan cercanas y habitadas por las mismas clases de hombres”, citado en, Germán Carrera Damas, **La crisis de la sociedad colonial venezolana** (Caracas: Monte Avila, 1983), p. 51

⁵¹ Elías Pino Iturrieta, **Nueva lectura de la Carta de Jamaica** (Caracas: Monte Avila, 1999), p. 41

⁵² Miguel Acosta Saignes, **Acción y utopía del hombre de las dificultades** (La Habana: Casa de las Américas, 1977), p. 191. Según Lynch, por su parte, en la *Carta Bolívar* “hablaba por una clase muy reducida, aquellos que tenían riqueza y posición y deseaban más.” Véase, John Lynch, “El pensamiento de Simón Bolívar y su contribución a los primeros proyectos nacionales”, en, **Primer Congreso del**

país.” Al contrario, argumentaba, “todos los hijos de la América española, de cualquier color o condición que sean, se profesan un afecto fraternal recíproco,” y las guerras civiles —cruel evidencia de lo cual experimentó Bolívar en la Venezuela ensangrentada de 1813-1814— “nunca se han originado en la diferencia de castas”, sino en “la divergencia de las opiniones políticas, y de la ambición particular de algunos hombres.”⁵³ El tono de la carta, escrita por un exiliado que buscaba afanosamente en esos momentos la ayuda inglesa para obtener recursos que le permitiesen continuar la lucha, autoriza a creer que Bolívar escondía en este caso la verdad, y procuraba describir a sus lectores, con fines de propaganda, una situación que distaba mucho de ser tan armoniosa.

En Venezuela la guerra de independencia fue una guerra civil, una conflagración social de grandes proporciones, con significativos elementos raciales —“de colores”— jugando un papel hondamente destructivo. A partir de 1815 Bolívar iba a referirse con frecuencia a esto,⁵⁴ siempre con inocultable angustia. Los pardos, como señala Lynch, no eran propiamente una “clase” homogénea en el sentido marxista de la palabra, sino una especie de “masa indeterminada, inestable e intermediaria, oscilante en los márgenes hacia abajo y hacia arriba, porque ellos también tenían una estructura social, pues los más blancos miraron con recelo a sus colegas y tuvieron mayores esperanzas.”⁵⁵ Es bien sabido que esta masa se opuso mayoritariamente, en sus etapas iniciales y hasta muy avanzada la lucha, al proyecto independentista encabezado por el mantuanismo criollo, a raíz, en parte, de su apego cuasi-religioso a la legitimidad monárquica, pero por encima de todo a los resentimientos y tensiones que existían entre la mayoría, de un lado, y del otro el estrecho círculo de blancos criollos dominantes. Ya en 1783, representantes de ese grupo privilegiado,

Pensamiento Político Latinoamericano (Caracas: Ediciones del Congreso de la República, 1984), T. II Vol. I, p. 133

⁵³ OC, 1, pp. 178, 181

⁵⁴ Véase, Juan Bosch, **Bolívar y la guerra social** (Buenos Aires: Editorial Jorge Alvarez, 1966), pp. 103-104. Una carta de particular importancia en torno al asunto es la del 8 de julio de 1826 a Santander, OC, 1, 1390-1391

agrupados en el cabildo de Caracas, se habían ocupado de definir de este modo a los pardos:

“Los pardos o mulatos son vistos aquí con sumo desprecio, y son tenidos y reputados en la clase de gente vil...Ellos han de descender precisamente de negros gentiles, de esclavos de hijos ilegítimos, porque los que se llaman mulatos o pardos son los que traen su origen de blancos con negras.”⁵⁶

Si bien es cierto que Bolívar, luego de las duras experiencias de 1813-14, se deslastró de cualquier prejuicio que pudiese haber abrigado en cuanto a la imperiosa necesidad de atraer a los pardos y esclavos a la causa patriota,⁵⁷ y se esforzó por dar forma a una coalición amplia que sustentase una guerra victoriosa, es también claro que procuró en todo momento mantener esa coalición bajo un férreo control. Lynch indica que a los pardos “no se les permitieron dirigentes autónomos”; de allí el enfrentamiento de Bolívar con Piar —nuevo instigador de la “guerra de castas”— y el eventual fusilamiento de este último.⁵⁸ En tal sentido, es elocuente la proclama en que Bolívar explicó las razones que le condujeron a enjuiciar a Piar y a ratificar su condena a muerte. Allí, sin equívocos, Bolívar —luego de acusar a Piar de pretender “proclamar los principios odiosos de la guerra de colores”— dice: ¿Quiénes son los actores de esta Revolución? ¿No son los blancos, los ricos, los títulos de Castilla y aun los jefes militares al servicio del rey?” Esta realidad, no obstante, había sido superada en términos prácticos —argumentaba— por la política igualitaria de los republicanos: “Todo lo inicuo, todo lo bárbaro, todo lo odioso se ha abolido y en

⁵⁵ Lynch, “Más allá de la revolución”, p. 215

⁵⁶ Cabildo de Caracas a la Corona, 13 de octubre de 1788. Citado en, Lynch, *ibid.*

⁵⁷ Escribe Lynch que “...desde el punto de vista social, la guerra de la independencia puede ser considerada como una competencia entre los criollos republicanos y los criollos realistas (con los peninsulares) por la lealtad de los pardos y el reclutamiento de los esclavos”, *ibid.*, p. 222. Aunque Bolívar “nunca consiguió un apoyo de masas para la emancipación, sí extendió el movimiento más allá de la estrecha base de la primera república”, Lynch, **Las revoluciones...**, p. 198

⁵⁸ Lynch, “Más allá de la revolución...”, p. 222; por su parte, Kossok dice que “(Bolívar) se oponía al movimiento espontáneo y descontrolado del pueblo. Apoyado en el ejército, le interesaba el firme control y la subordinación de las clases populares a la guerra y la revolución”, véase, Manfred Kossok, “Simón Bolívar y el destino histórico de la América española”, en, **Congreso Bicentenario de Simón Bolívar** (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985), Tomo II, p. 384

su lugar tenemos la igualdad...La libertad hasta de los esclavos que antes formaban una propiedad de los mismos ciudadanos.”⁵⁹ Las cosas, sin embargo, eran un tanto más complejas. Ciertamente, Bolívar guardó por un tiempo la esperanza de que, de manera gradual, el mestizaje y la igualdad legal proporcionasen las bases de un régimen “moderado” y “liberal”, en un futuro quizás distante; mas esa esperanza se fue disipando con el paso del tiempo y con la maduración de su pensamiento sobre las condiciones en que la guerra dejaba a las sociedades en trance de emancipación. Son particularmente ilustrativas estas expresiones de Bolívar en 1828:

“En los primeros tiempos de la independencia...se buscaban hombres, y el primer mérito era el ser guapo...negros, zambos, mulatos, blancos, todo era bueno con tal que peleasen con valor...individuos de todas las castas se hallan hoy entre nuestros generales, jefes y oficiales...*que en el día, con la paz, son un obstáculo al orden y la tranquilidad; pero fue un mal necesario.*”⁶⁰ (Itálicas AR).

La “pardocracia” era un problema político, pero los pardos eran un componente indispensable del ejército en guerra. Ahora bien: ¿se hicieron patriotas los pardos? El tema de cómo logró Bolívar triunfar, a pesar de que — sobre todo en las primeras etapas de la guerra y hasta al menos 1819-20— las mayorías sociales se mostraban indiferentes u hostiles al proyecto independentista,⁶¹ será tratado con mayor detalle más tarde en este estudio. No obstante, cabe adelantar lo siguiente: La guerra de independencia venezolana se dividió en dos etapas, bastante bien diferenciadas. La primera se extiende entre 1810 y 1814, y culmina con la muerte de Boves. El país queda extenuado

⁵⁹ OC, 2, pp. 1105-1106

⁶⁰ L. Peru de la Croix, **Diario de Bucaramanga** (Caracas: Tipografía Americana, 1935), pp. 215-216

⁶¹ En 1814 Rafael Urdaneta escribía esto: ...Los pueblos se oponen a su bien; el soldado republicano es mirado con horror; no hay un hombre que no sea enemigo nuestro; voluntariamente se reúnen en los campos a hacernos la guerra...los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestras tropas...El país no presenta sino la imagen de la desolación. Las poblaciones incendiadas, los campos incultos, cadáveres por donde quiera, y el resto de los hombres reunidos para destruir al patriota...”, citado en, Germán Carrera Damas, **Boves. Aspectos socioeconómicos de la guerra de independencia** (Caracas: Ediciones de la Biblioteca, U.C.V., 1972), pp. 165-166

y el orden sociopolítico plenamente dislocado. La segunda etapa se inaugura en 1815 con la llegada a Venezuela del ejército peninsular de Morillo. Este ejército, como con tino apunta Elena Plaza, “venía a restaurar el orden, y no a cumplir con las promesas de Boves.”⁶² Las llamadas “castas”, en medio de la disolución social, y habiéndose ya derribado los pilares ancestrales que sostenían el frágil edificio del sistema colonial, no estaban dispuestas a transformarse en fuerzas restauradoras del “orden”. Su nueva existencia era la guerra, y el logro más importante de Bolívar, el que hizo posible su triunfo, fue haber canalizado en el terreno militar parte de esas fuerzas disolventes en función de la causa patriota.⁶³ Ese logro sólo se extendió hasta el punto de la victoria militar, de la emancipación nacional, pero no pudo ser convertido en la creación de un orden político estable y libre en términos de la posterior existencia interna de los pueblos independizados.

La guerra, escribe Lynch, “actuó como un disolvente social que dividió a los pardos contra ellos mismos”⁶⁴; algunos pardos ascendieron al rango de oficiales en el ejército y otros se hicieron parte de los nuevos sectores sociales dominantes, resultado de la conmoción bélica, pero las masas pardas siguieron en el “fondo de la sociedad” después de la independencia.⁶⁵ El hecho de que la “pardocracia” —término que para Bolívar significaba tanto el dominio político de los pardos como el imperio de la anarquía— no se diese, por decirlo así, en “estado puro” después de culminada la guerra, no implica que Bolívar no haya estado convencido, sobre todo a partir de 1819-21, de que una especie de

⁶² Elena Plaza, **La tragedia de una amarga convicción. Historia y política en el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936)**, (Caracas: Ediciones de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, U.C.V., 1996), p. 245

⁶³ O’Leary puso de manifiesto las dificultades de reclutamiento para los patriotas. Los oficiales eran mayoritariamente blancos de los sectores elevados de la sociedad, y tenían un compromiso más firme con la causa; en cambio, “Las clases bajas... sufrían a consecuencia de las frecuentes incursiones de los beligerantes. La victoria o la derrota eran para ellas una misma cosa; cualquiera que fuese el jefe victorioso estaba seguro de reclutar sus tropas de entre ellas... De este modo se hacía... difícil hallar los reemplazos necesarios para llenar las bajas de los cuerpos”, citado en Lynch, “Más allá de la revolución...”, pp. 225-226. Comenta al respecto Lynch que “la guerra actuó como un disolvente social que dividió a los pardos contra ellos mismos, incorporando algunos al cuerpo de oficiales y a los sectores altos y dejando a las masas pardas al fondo de la sociedad”, *ibid.*, p. 226

⁶⁴ Lynch, “Más allá de la revolución...”, p. 226

guerra racial y el eventual dominio político de los pardos sobre los blancos eran amenazas reales, ante las cuales, en buena medida, concibió y propuso sus respuestas político-institucionales.

4

En sus lúcidas **Memorias Marginales** Angel Bernardo Viso argumenta que “(Bolívar)...jamás debió entrever las consecuencias fatales de su conducta, sino cuando la marcha de los sucesos le reveló la imposibilidad de controlar la revolución, como más tarde lo descubriría trágicamente la pérdida de poder de los suyos, de ese grupo elegido en cuya cima se veía a sí mismo.”⁶⁶ Ciertamente, la toma de conciencia en Bolívar sobre el curso casi fatal del proceso emancipador en dirección hacia la disolución social, la anarquía política y el extremo debilitamiento de las nuevas naciones, se agudiza con el paso del tiempo, y se hace particularmente intensa a partir de 1819. Luego de esa fecha, se multiplican en sus cartas expresiones como las siguientes: “Esta es una catástrofe trágica, en que el desenlace lo decidirá el destino...Mis temores nunca me han burlado; ellos son infalibles...Mis temores son los presagios del destino; los oráculos de la fatalidad...cuanto más me elevo tanto más hondo se ofrece el abismo...”⁶⁷

Bolívar se expresó con incuestionable sinceridad cuando afirmó que “mis ideas están en oposición con las inclinaciones del pueblo...”⁶⁸ La ruptura de los vínculos de legitimidad tradicionales, el colapso del orden y el desencadenamiento de la guerra civil crearon el escenario tanto para la victoria militar como para el fracaso político. En una primera etapa de su carrera, las

⁶⁵ Ibid.

⁶⁶ Viso, **Memorias Marginales**, p. 61. José Domingo Díaz, por su parte, escribió en las suyas estas palabras, dirigidas a Bolívar: “Usted ha debido saber al emprender su...carrera que no hay cosa más fácil que mover a un pueblo, ni más difícil que conducirlo después al fin que se propuso quien le movió”, J. D. Díaz, **Recuerdos sobre la rebelión de Caracas** (Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1961), p. 432

⁶⁷ OC, 1, pp. 781, 784; F. A. Encina, **Bolívar** (Tomo II, 1958), p. 647

⁶⁸ OC, 2, pp. 759-760

exigencias de la guerra colocaron en un segundo plano —pero sin que Bolívar les perdiese jamás de vista— los retos de la reconstrucción política. En el *Discurso de Angostura* esos desafíos se ponen de manifiesto de modo especialmente preciso y coherente. En ese documento, Bolívar expresa su convicción de que las “inclinaciones del pueblo” se orientaban a “la licencia”, ante la que se hacía necesario levantar un “dique”. Nuestra “constitución moral”, frágil y degradada “por las ilusiones del error y por incentivos nocivos” exigía un gobierno adaptado a la realidad de que “nuestro Pueblo no es el Europeo, ni el Americano del Norte”, sino más bien “un compuesto de Africa y de América.”⁶⁹ A objeto de “regenerar el carácter y las costumbres”⁷⁰ de ese conjunto humano, Bolívar propuso un esquema institucional orientado —como con acierto lo describe Vallenilla Lanz— “a la formación de una élite que representara en el Gobierno el mismo papel que el cerebro en el organismo individual.”⁷¹ De allí sus fórmulas políticas del Senado Hereditario y el Poder Moral, también desplegadas en el *Discurso*.⁷² Desde luego, tales fórmulas hallaron escaso eco en las circunstancias imperantes, y ciertamente nadaban contra la corriente de los tiempos, anárquicos e igualitarios. Lo paradójico del caso es que la emancipación implicó, entre otros aspectos, la liquidación de la élite venezolana existente hasta 1811; la pretensión de recrearla en 1819, luego del cataclismo que ya había tenido lugar, era no más que una quimera.

Dicho lo anterior, y todavía en el terreno de las paradojas, cabe igualmente enfatizar que el pensamiento político de Bolívar tenía como norte —en atinadas palabras de O’Leary— establecer “un sistema capaz de dominar las revoluciones, y no teorías que las fomentasen; pues el espíritu fatal de una malentendida democracia, que había producido ya tantos males en America, debía refrenarse para impedir sus efectos.”⁷³ En realidad, estas frases de

⁶⁹ Ibid., 2, pp. 1135-1151

⁷⁰ Ibid., 2, p. 1151

⁷¹ L. Vallenilla Lanz, *Críticas...*, p. 110

⁷² OC, 2, pp. 1143-1145, 1150-1151

⁷³ Citado en, John Lynch, *América Latina, entre colonia y nación* (Barcelona: Editorial Crítica, 2001), p. 230

O’Leary reflejan con precisión la médula conceptual del *Discurso de Angostura*, un esfuerzo notable por parte de Bolívar para contener los efectos de una revolución que él alentó con todas las fuerzas de su alma grande, y que acabó por desbordarle. Por esto, a partir de 1819-21, ya completada la emancipación venezolana en Carabobo, se acentúan en Bolívar tanto la preocupación por el rumbo del proceso como la convicción de que “...con los elementos morales que hay en el país, con nuestra educación, nuestros vicios y nuestras costumbres, solo siendo un tirano, un déspota, podría gobernarse bien a Colombia.”⁷⁴ Es evidente que el problema de la dictadura le era inmanente a la independencia, a pesar de los reiterados deseos de Bolívar de asegurar la centralización del poder político sobre una base republicana legitimada.⁷⁵ Al respecto, Encina observa que:

“...Bolívar se dio cuenta, desde el comienzo de su carrera, de que en los estados disueltos por la ruptura de la tradición, con su corolario la anarquía política y social, para triunfar en la lucha armada, no basta la simple concentración del mando, suficiente en los estados en forma. En ellos es ineludible la dictadura unipersonal del caudillo, libre de toda cortapisa y de toda traba constitucional o legal.”⁷⁶

Ahora bien, la centralización del mando por las necesidades de la guerra devino gradualmente en concentración del mando frente a los desafíos de la anarquía y la disolución social. Ante las amenazas que percibía después de

⁷⁴ **Diario de Bucaramanga**, p. 163. Esta idea es expuesta de otra forma en su importante carta a O’Leary del 13-IX-1829: “Un estado civilizado a la europea presenta menos resistencia al gobierno...que una pequeña provincia de América, por las dificultades del terreno y la ignorancia del pueblo; por lo mismo, nos veremos forzados a dar a nuestras instituciones más solidez y energía que las que en otros países se juzgan necesarias”, **OC**, 2, p. 773

⁷⁵ Sobre este punto, véase, Kossok, p. 389. Cabe señalar que la lucha de Bolívar contra el federalismo, si bien tenía sentido en el marco de la guerra, se oponía al enraizamiento real de las autonomías regionales de entonces. Esto se comprobó en los debates ideológicos durante la Primera República, así como en la resistencia que persistió ante los intentos centralistas hasta muy avanzado el proceso emancipador. Véase, **Actas del Congreso Constituyente de 1811-1812** (Caracas: Publicaciones del Congreso de la República, 1984, 2 volúmenes); también, Carrera Damas, **La crisis...**, pp. 47-49. Parra Pérez emite al respecto un juicio categórico: “...la autonomía y el federalismo que trataron de imponer los próceres del año oncenno correspondían a la naturaleza política e histórica de los pueblos de Venezuela”, en, **Historia...**, p. 214

⁷⁶ Encina, Tomo VI, p. 120. En 1817 había dicho: “Toda la fuerza y, por decirlo así, toda la violencia de un Gobierno militar bastaba apenas a contener el torrente devastador de la insurrección, de la anarquía y de la guerra. ¿Y qué otra constitución que la dictatorial podía convenir en tiempos tan calamitosos?”, **OC**, 2, p. 1111. Véase también, *Ibid.*, 2, p. 1002

logrados sus triunfos militares, el pensamiento político de Bolívar, que siempre estuvo apegado al centralismo⁷⁷ y desconfió sistemáticamente de lo que calificaba como “la libertad indefinida, la Democracia absoluta”⁷⁸, experimenta una evolución todavía más “conservadora” —entendido acá el término en un sentido estrecho, como ejercicio cuasi-discrecional del poder. Esa acentuación de las fórmulas semi-dictatoriales en tiempos de paz culminan en la propuesta de Presidencia Vitalicia con derecho para escoger el sucesor, presentada por Bolívar en 1826 —y sin ironía alguna— como “la inspiración más sublime en el orden republicano.”⁷⁹

Cualquier lector atento de los escritos de Bolívar tiene casi necesariamente que percibir la contradicción entre, de un lado, su constante prédica a favor de instituciones que se adaptasen “a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de visa de los Pueblos”⁸⁰, y de otro lado su propuesta de fórmulas políticas tan alejadas de la realidad como, por ejemplo, el Senado Hereditario y el Poder Moral. En el *Discurso de Angostura*, para citar un caso, Bolívar cuestiona la imitación del “Código de Washington” (la Constitución federal norteamericana, AR), y de inmediato recomienda “el estudio de la Constitución Británica.”⁸¹ Estas posiciones paradójicas no se explican ni por descuido ni por superficialidad; al contrario, eran —pienso— producto de la angustia que sentía Bolívar ante la inescapable constatación de que el proceso revolucionario, si bien estaba conduciendo a la independencia frente a España, también llevaba a un abismo de atraso, inestabilidad y despotismo.

⁷⁷ Al respecto, consúltese, **OC**, 1, pp. 44, 168; 2, pp. 1138-1139, 1223

⁷⁸ **OC**, 2, p. 1148. Carrera Damas señala con tino que “a medida que se alejaba el estado de guerra”, Bolívar percibía el “auge del liberalismo democrático” no sólo como un “obstáculo para el restablecimiento de la estructura de poder interna, sino... incluso... como un estímulo al desbordamiento de esa estructura”. Véase, Germán Carrera Damas, **Venezuela: Proyecto nacional y poder social** (Barcelona: Editorial Crítica, 1986), p. 131

⁷⁹ *Ibid.*, 2, p. 1223

⁸⁰ *Ibid.*, 2, p. 1138

⁸¹ *Ibid.*, 2, pp. 1138, 1143

Las salidas institucionales que Bolívar buscó denotan una patente dificultad, acerca de la cual dejó amplios testimonios, para hallar cauces constructivos al torbellino revolucionario. Por ello, aciertan quienes han señalado que Bolívar se reveló como un pensador político de gran creatividad en la formulación de la teoría de la *independencia nacional*, y en el intento de erigir un nuevo orden mundial —en particular en la *Carta de Jamaica*—, pero fue menos afortunado en lo que tuvo que ver con las respuestas al reto de organizar *internamente* las sociedades emancipadas, a través de un orden político que combinase la estabilidad y el equilibrio entre la libertad de los individuos y la acción del gobierno.⁸² En este orden de ideas, podría decirse que Bolívar vivió una perenne y al final insuperable tensión entre, por una parte, su “clara visión de la anarquía postrevolucionaria, la imposibilidad de crear nada duradero sobre la arena movediza que pisaba”⁸³, y por otra, su sentido de responsabilidad y su ímpetu de gloria personal, que le llevaban a luchar con todas sus fuerzas contra las implicaciones últimas de una revolución que dejaba a su paso la ruina inevitable a que usualmente conduce ese tipo de experiencias históricas, radicales, traumáticas, y recurrentes.

Encina ha argumentado que: “Se resbala sobre la superficie del pensamiento político de Bolívar, cuando se cree divisar en él destellos del empeño greco-francés por rehacer racionalmente la sociedad.”⁸⁴ Esto no es del todo cierto. Más bien, pienso que en el pensamiento político de Bolívar —como ya sugerí antes— puede percibirse una constante tensión entre, de un lado, su empeño por concebir fórmulas institucionales que se adaptasen a las circunstancias imperantes, diesen respuesta a las tradiciones y costumbres prevalecientes, y no generasen meras “repúblicas aéreas”; y de otro lado una tendencia que atribuía a las concepciones institucionales —como la Presidencia Vitalicia, el Senado Hereditario, y el Poder Moral, entre otras—, una eficacia excesiva como factores capaces de moldear la realidad por sí mismas. De

⁸² Véase, carrera Damas, *Venezuela...*, pp. 134-135; Lynch, *América Latina...*, pp. 218-220

⁸³ Encina, T. II, p. 721

hecho, en el *Discurso de Angostura* Bolívar llega en un párrafo a definir la función de los legisladores allí presentes como “la creación de un cuerpo político y aun se podría decir la creación de una sociedad entera”⁸⁵; comentario revelador de los dilemas de un hombre que pretendía, con loable sentido de responsabilidad histórica, dar forma a naciones que habían caído en un torbellino de desorden, a raíz de una revolución que las inundó en sangre, en especial a Venezuela.

La carrera de Bolívar ha sido tan distorsionada y simplificada por la “historia oficial”, que el resultado mitificado impide apreciar en su justo valor tanto la magnitud de su angustia ante el destino de nuestros pueblos, a los que veía deslizarse hacia un abismo, como el significado de las acciones que tomó para intentar detener ese rumbo, acciones que en ciertos casos, como la dirigida a establecer una tutela extranjera sobre las naciones independizadas, constituyen un dramático ejemplo del carácter trágico —en un sentido que explicaré posteriormente— que asume su trayectoria vital. En tal sentido, tiene gran importancia reproducir párrafos de una carta de 1825, en la que argumentó lo siguiente:

“...nuestra federación americana no puede subsistir si no la toma bajo su protección la Inglaterra...si nos ligamos a la Inglaterra existiremos, y si no nos ligamos nos perderemos infaliblemente...Mientras tanto, creceremos, nos fortificaremos y seremos verdaderamente naciones para cuando podamos tener compromisos nocivos con nuestra aliada...Supongamos aún que suframos por la superioridad de la Inglaterra: este sufrimiento mismo será una prueba de que existimos, y existiendo tendremos la esperanza de librarnos del sufrimiento. *En tanto que, si seguimos en la perniciosa soltura en que nos hallamos, nos vamos a extinguir por nuestros propios esfuerzos en busca de una libertad indefinida.*”⁸⁶
(Itálicas AR).

⁸⁴ Ibid., T. VI, p. 114

⁸⁵ OC, 2, p. 1134

⁸⁶ Ibid., 1, pp. 1120-1121

Esta no fue una reflexión aislada o inconexa por parte de Bolívar, sino una inquietud sistemática del último período de su vida, inquietud que encontró elocuente expresión en un oficio que dirigió en 1829 desde Quito al Ministro del Exterior de Colombia, en el que otra vez recomienda que una gran potencia europea asuma la tutela protectora de las naciones recién emancipadas en hispanoamérica para evitar que caigan definitivamente en el foso de la anarquía. Allí solicita al Ministro que explique al representante británico las “pocas esperanzas que hay de consolidar los nuevos gobiernos americanos y las probabilidades que hay de que se despedacen recíprocamente, si un estado poderoso no interviene en sus diferencias o tome a la América bajo su protección.”⁸⁷

De modo que, finalmente, Bolívar concluyó que los pueblos hispanoamericanos emancipados requerían tanto de gobiernos paternos como de tutores extranjeros para corregir la realidad, que con el paso del tiempo y la evidencia del deterioro socioeconómico y desmembración política causados por la guerra se le hizo evidente, de que “la América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió...”⁸⁸ Es verdaderamente sobrecogedora la angustia que se apodera del ánimo de Bolívar, sobre todo con respecto al destino de Venezuela, a partir precisamente de la culminación de sus triunfos militares, como cuando escribe a Santander en 1825, lo siguiente:

“Cada día me convenzo más de que es necesario darle a nuestra existencia una base de garantía. Veo la guerra civil y los desórdenes volar por todas partes, de un país a otro, mis dioses patrios devorados por el incendio doméstico. Hablo de Venezuela, mi querido país. Esta consideración me ocupa noche y día; *porque contemplo que el primer desorden que allí nazca destruye para siempre hasta la esperanza, porque allí el mal será radical y penetra luego a la sangre...*”⁸⁹ (Itálicas AR).

⁸⁷ Citado en, Encina, Tomo VII, pp. 508-511

⁸⁸ OC, 1, p. 166

⁸⁹ Ibid., 1, p. 1028

El pesimismo bolivariano se extendía al conjunto de una América hispana que emergía a la vida independiente en condiciones de extrema debilidad e indetenible anarquía: "...el orden, la seguridad, la vida y todo, se aleja cada vez más de esta tierra condenada a destruirse ella misma y ser esclava de la Europa."⁹⁰ Sólo desde la perspectiva de este hondo desencanto pueden entenderse las gestiones de Bolívar en cuanto a la posibilidad de un protectorado extranjero para la América recién emancipada.⁹¹ Esos intentos, que en nada concreto desembocaron, fueron producto de su frustración ante el panorama de derrumbe político-institucional de una región a la que Bolívar —con una frase que si bien puede parecer presuntuosa es de igual modo profundamente reveladora— llegó a considerar “el más infame pueblo que ha tenido la tierra”, un pueblo al que “he dado una libertad que no merece.”⁹²

Para la “historia oficial”, por supuesto, estos aspectos de la carrera de Bolívar son objeto o bien de falta de atención sistemática, o bien de deliberado olvido, o bien de inequívoca distorsión. Desde mi perspectiva, no obstante, los esfuerzos finales de Bolívar por contener la anarquía post-revolucionaria, e incluida la idea de una posible tutela extranjera, revelan un rasgo positivo desde una perspectiva ético-política, que es necesario contrastar con errores que hubiese podido cometer: me refiero a su sentido de responsabilidad histórica, que llegó en ocasiones —y en especial en las etapas finales de su

⁹⁰ Ibid., 2, p. 704

⁹¹ El tema del protectorado extranjero es a veces mezclado con el del presunto “monarquismo” de Bolívar. Sobre el asunto, comparto plenamente las opiniones de Encina, quien argumenta que Bolívar mantuvo en relación a la monarquía una posición consistente: no la rechazaba en teoría, pues admitía la grandeza a que había conducido a pueblos como el británico, mas tampoco la aceptaba para los pueblos hispanoamericanos, pues se trataba de un régimen que se les había hecho odioso y para cuya implantación no existían condiciones adecuadas en estas tierras. Véase, Encina, T. VI, pp. 177-178. En lo personal, Bolívar tenía una aguda conciencia de su imagen histórica y del sentido de su gloria, que era incompatible con la pretensión de coronarse. Véase al respecto, Carrera Damas, **Venezuela...**, pp. 84-85

⁹² Ibid., 2, p. 665. También la importante carta de Bolívar sobre el tema en, **OC**, 2, p. 985. En torno al protectorado extranjero, véase, Joan E. Garcés, **Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles** (México: Siglo XXI Editores, 1996), pp. 323-329).

impresionante carrera— a superar la otra gran fuente motivadora de su gesta, es decir, su ambición de gloria personal.

5

¿Cómo logró triunfar Bolívar? A pesar de que pocos historiadores se han hecho la pregunta, en el contexto en que acá he intentado formularla, ésta tiene sentido, en particular tomando en cuenta las adversas condiciones sociopolíticas —y, por buen tiempo, también militares— que enfrentó la causa patriota, en particular en Venezuela entre 1810 y 1819 principalmente.

Para responder esa interrogante hay que tomar en cuenta, en primer término —y como sugerí antes—, que la guerra de independencia en Venezuela se divide en dos etapas claramente diferenciadas: una primera que se extiende desde 1810 hasta 1814, y que culmina con la muerte de Boves; y un segundo período que se inicia con la llegada del ejército peninsular de Morillo en 1815 y se cierra en Carabobo. La primera etapa, la de la guerra civil radicalizada, termina en derrota estratégica para Bolívar; la segunda permite la gradual transformación de la guerra civil en guerra nacional —contra España—, y si bien incluye serios reveses tácticos, explicables en buena medida por el empeño estratégico de Bolívar en obtener una *decisión rápida*, con base en una estrategia de combate directo con el grueso de las fuerzas realistas estacionadas en Venezuela, culmina en victoria estratégica, gracias al cambio del teatro de la guerra en 1819 de Venezuela a la Nueva Granada —estrategia indirecta— y a la batalla de Boyacá, con sus posteriores efectos.

La cruenta guerra venezolana entre 1810 y 1814 condujo a la sociedad a una especie de “estado de naturaleza” Hobbesiano, “una guerra tal que es la de todos contra todos”, como escribió el gran filósofo político inglés.⁹³ La revolución mantuana de 1810-1812 destruyó un “sistema social, político y económico...muy

⁹³ Thomas Hobbes, *Leviatán* (Buenos Aires: FCE, 1992), p. 102

sensible, que funcionaba relativamente bien pese a sus numerosas imperfecciones”.⁹⁴ La sociedad comenzó a disolverse, pues se asestó un golpe mortal al principio de legitimidad que actuaba como “cemento” de un orden sustentado en odiosos privilegios y estamentos, compuesto por individuos unidos no por promesas y pactos mutuos, sino por el elemento común que proporcionaba la lealtad a la Corona. La decisión del sector socialmente dominante, asociado a minoritarios grupos de intelectuales radicales, de romper los vínculos con el principio de legitimidad monárquico devolvió la sociedad al “estado de naturaleza”, pues a diferencia de lo ocurrido en la América del norte, donde la ruptura con la Corona británica lejos de desintegrar los pactos entre los ciudadanos de la colonia lo que hizo fue reforzarlos, en Venezuela y el resto de la América española esos pactos entre individuos libres no existían.⁹⁵ El resultado objetivo de esto, además de la exterminación de al menos un tercio de la población original, fue “una situación de crisis permanente...provocada por la extraordinaria movilidad horizontal y vertical cuyo catalizador principal era el ejército.”⁹⁶ La lucha en Venezuela tuvo entonces un carácter de encono y enañamiento extremos: “Unidos a las condiciones de privación y miseria en que se combatía, estos factores de violencia llegaron a imponer terror incluso a soldados veteranos de campañas nada fáciles, cuales los soldados peninsulares que trataban de eludir a toda costa su envío a América y particularmente a Venezuela.”⁹⁷

La Primera República sucumbió en 1812 asfixiada por la falta de apoyo popular y el miedo de los sectores moderados —y del propio Miranda— a la rebelión de esclavos que desde Barlovento y otras zonas amenazaba a

⁹⁴ Jaime E. Rodríguez O., **La independencia de la América española** (México: FCE, 1998), p. 291

⁹⁵ Sobre este punto, véase, Hannah Arendt, **On Revolution** (New York: Penguin Books, 1990), pp. 180-181

⁹⁶ Kossok, p. 381

⁹⁷ Carrera Damas, **Boves**, p. 101. Encina se refiere a la guerra venezolana como un episodio con “caracteres de ferocidad inenarrables”, T. III, p. 323. Al respecto, consúltese, Juan Uslar Pietri, **La Revolución Francesa y la independencia de Venezuela** (Caracas: Cuadernos Lagoven, 1989), pp. 109-112. Dice Uslar Pietri que “En Venezuela se derramó más sangre en aquel año (1814) que en toda la revolución francesa”, **Historia de la rebelión...**, p. 101

Caracas.⁹⁸ La Campaña Admirable de Bolívar en 1813 le permitió atravesar el país, pero no dominarlo —como en su momento indicó Rafael Urdaneta.⁹⁹ No obstante, es posible que ni siquiera el éxito limitado que significó esa fulgurante campaña se hubiese producido sin el decreto de Guerra a Muerte de junio de ese año,¹⁰⁰ decreto que contribuyó a sembrar el terror y la parálisis en muchos corazones realistas.¹⁰¹

Sobre el tema de la Guerra a Muerte se ha discutido mucho, casi siempre con escasa ponderación. Los historiadores “bolivarianos” culpan a los realistas de haberla comenzado,¹⁰² y sostienen que su práctica por parte de Bolívar fue una “retaliación.”¹⁰³ Encina especula que al decretarla, Bolívar puede haber creído que “los realistas aterrados humanizarían la guerra.”¹⁰⁴ Este juicio me parece errado. Para empezar, comparto la opinión de Carrera Damas según la cual la Guerra a Muerte formó parte de un proceso complejo y fue practicada por ambos bandos con extrema crueldad.¹⁰⁵ En cuanto a Bolívar se refiere, las motivaciones del decreto de 1813 fueron diáfananamente descritas por Urdaneta al

⁹⁸ Parra Pérez, pp. 484, 574; Uslar Pietri, pp. 51-53

⁹⁹ Citado por Kossok, p. 379

¹⁰⁰ OC, 2, pp. 1013-1015

¹⁰¹ Esta es, ciertamente, la opinión de Madariaga, Vol. 1, pp. 401-402

¹⁰² Véase, Encina, T. II, pp. 681-682; Lynch, **Las revoluciones...**, p. 200. Sin embargo, en otra obra Lynch se contradice, y argumenta que “Los historiadores...venezolanos han condenado...la contrarrevolución de 1812-1813 al considerarla excesivamente cruel y vengativa. Fue opresiva, pero no especialmente violenta, y es bien sabido que se permitió a muchos líderes republicanos (como el propio Bolívar) que se escaparan sin ser molestados”, Lynch, **América Latina...**, p. 109. El Regente Heredia, uno de los testigos más lúcidos y equilibrados del proceso, emite en sus Memorias juicios de enorme interés en torno al tema de la Guerra a Muerte y las responsabilidades al respecto de cada uno de los bandos en pugna. Véase, José F. Heredia, **Memorias del Regente Heredia** (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1986), pp. 142, 144-146.

¹⁰³ Encina, **Bolívar**, Tomo III (1961), pp. 147, 302; Tomo II, pp. 664-665. Según Carole Leal Curiel, “La violación de las capitulaciones y la posterior aprobación que hacen las Cortes de la acción de Monteverse crearon las perfectas condiciones para el surgimiento de la práctica del ‘terror’ permitiendo que el adversario fundamentara su venganza en el derecho de la legítima defensa...”; poco más tarde, no obstante, la autora dice que la declaratoria de Guerra a Muerte por parte de Bolívar se desprendió de sus decisiones sobre la organización militar, de su teorización sobre la naturaleza del enemigo, y su concepción de la guerra ofensiva. En ese orden de ideas, afirma, Bolívar “institucionalizó” el terror, entendiendo por “institucionalización” la oficialización “por escrito” de “una línea de pensamiento y acción.” La radicalización militar, en suma, estuvo precedida por la radicalización política producida entre 1811 y 1813. Véase su interesante artículo, “El árbol de la discordia”, *Anuario de Estudios Bolivarianos*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Simón Bolívar, Año VI, # 6, 1997, pp. 172, 175-176, 181

¹⁰⁴ Ibid.

¹⁰⁵ Boves, pp. 172-179

referirse a las consecuencias que esperaban producir : “que los españoles, sabiendo que encontraban una muerte cierta se acobardarían, como sucedió, y que los criollos engrosarían las filas de Bolívar, como era necesario.”¹⁰⁶ McKinley piensa igualmente que Bolívar, enfrentado al escaso apoyo popular que percibía a su alrededor, esperaba que el decreto contribuyese a separar a los españoles de los criollos, y que estos últimos se verían impulsados a identificarse con la causa patriota.¹⁰⁷ Según Carrera Damas, la Guerra a Muerte no logró “a corto plazo” los objetivos propuestos y enajenó “la opinión moderada sin galvanizar al pueblo.”¹⁰⁸ McKinley, por su parte, sostiene que el esfuerzo de Bolívar por radicalizar la opinión criolla fracasó, y que “el único efecto seguro de su política fue un efecto negativo: la radicalización extrema de la comunidad española realista que sobrevivió.”¹⁰⁹

A mi modo de ver, la radicalización de la guerra a partir de 1813, en lo que toca a Bolívar, fue un acto deliberado¹¹⁰ y estratégicamente calculado, que se enraizó en su convicción de que —en sus palabras— “en todas las guerras civiles ha vencido siempre el más feroz.”¹¹¹ Muy reveladoras son sus expresiones en carta a Santander de 1819:

“Las grandes medidas, para sostener una empresa sin recursos, son indispensables aunque terribles. Recuerde Usted los violentos resortes que he tenido que mover para lograr los pocos sucesos que nos tienen con vida. *Para comprometer cuatro guerrillas, que han contribuido a libertarnos, fué necesario declarar la guerra a muerte; para hacernos de algunos partidarios fieles necesitamos de la libertad de los esclavos...*”¹¹² (Itálicas AR).

¹⁰⁶ Citado en, Madariaga, Vol. 1, p. 401

¹⁰⁷ P. Michael McKinley, **Caracas antes de la independencia** (Caracas: Monte Avila, 1985), p. 237

¹⁰⁸ **La crisis...**, p. 46

¹⁰⁹ McKinley, p. 238

¹¹⁰ Su postura obedeció, dice Viso, “básicamente, a su decisión personal, y a la supuesta *voluntad general* encarnada por él”, A. B. Viso, **Las revoluciones terribles** (Caracas: Editorial Grijalbo, 1997), p. 116

¹¹¹ **OC**, 2, p. 933. Según McKinley, “el derramamiento de sangre...no fue producto del compromiso político de la población...con uno u otro de los dos bandos enfrentados...sino más bien de las políticas deliberadas y extremistas de los dos caudillos rivales...” (Bolívar y Monteverde, AR), p. 237

¹¹² *Ibid.*, 1, p. 397

El riesgo que corrió Bolívar con la Guerra a Muerte fue enorme, pues generó lo que los estudiosos de la estrategia denominan un “proceso de escalada” en el nivel de la violencia mutua,¹¹³ es decir, de ascenso constante y paulatino hacia planos cada vez más altos de violencia entre antagonistas que no encuentran zonas de compromiso y moderación. Así, el terror republicano enfrentó una respuesta realista todavía —si cabe— más bárbara, materializada en Boves y sus llaneros. Es cierto que esta reacción acabó con la Segunda República, pero también lo es que con la Guerra a Muerte Bolívar logró algo muy importante en función de sus propósitos: *quemó las naves* y comenzó a labrarse una reputación de implacabilidad y determinación que en adelante siempre le acompañó, reputación que en no poca medida contribuyó a consolidar su liderazgo.

Dicho de otra manera, con la Guerra a Muerte Bolívar avanzó en el camino de lograr lo que Sloterdijk explica en estos términos: “El arte de lo posible a gran escala gira en torno a ese acto forzado que consiste en *presentar lo improbable como ineludible*.”¹¹⁴ En 1813 –14 la independencia lucía aun como algo improbable y hasta reversible para una mayoría en Venezuela; la Guerra a Muerte fue un paso, lleno de peligros sin duda, que empezó a darle visos de ineludible al objetivo emancipador. No estoy, desde luego, discutiendo acá los aspectos éticos de la Guerra a Muerte, que sin duda, y de ambas partes, constituyó una gravísima transgresión de las leyes de la guerra civilizada y del derecho de gentes; me estoy refiriendo exclusivamente a sus efectos político-militares. Bolívar tomó un camino en la organización militar y conducción política de la guerra que le llevaría siempre hasta las últimas consecuencias¹¹⁵; de ese modo se forjan en la historia los caudillos.

¹¹³ Sobre la teoría de la “escalada”, véase, Richard Smoke, **War. Controlling Escalation** (Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1977).

¹¹⁴ Peter Sloterdijk, **En el mismo barco** (Madrid: Ediciones Siruela, 2000), p. 37

¹¹⁵ Kossok, p. 380

La guerra es un fenómeno complejo y azaroso, en el que siempre intervienen al menos dos contrincantes. Los errores estratégicos de uno de ellos pueden aportar mucho a su eventual derrota. En ese orden de ideas, conviene recordar que entre 1813 y 1814 el sector realista en Venezuela no era homogéneo; por una parte se hallaban los representantes tradicionales del poder español, y por otro ciertos caudillos, entre los que destacaba Boves, que dirigían un importante movimiento popular en contra de las “repúblicas mantuanas”. La muerte de Boves en diciembre del año 14 asestó un golpe severísimo a este movimiento, que amenazaba con desbordar los marcos de la autoridad tradicional y convertirse en algo totalmente inédito, en un desarrollo anárquico colocado “fuera de la ley”. Dice Rodríguez al respecto que “Su muerte (de Boves, AR) constituyó un alivio para las autoridades reales que él reconocía nominalmente. Los peninsulares, al igual que los americanos (criollos blancos, AR), estaban temerosos ante la posibilidad de que se produjera una revolución semejante a la de Haití dirigida por las castas de ascendencia africana.”¹¹⁶ Bolívar, con característica perspicacia, lo interpretó así: “La muerte de Boves es un gran mal para los españoles, porque difícilmente se encontrarán reunidas en otro las cualidades de aquel jefe.”¹¹⁷

La decisión de la Corona (el sistema absolutista había sido restituido en España en 1814) de enviar una expedición de unos diez a doce mil hombres, al mando de Morillo, a Venezuela en 1815 tuvo no poco que ver con los temores al desbordamiento anárquico encarnado en la rebelión “realista” de los llaneros de Boves.¹¹⁸ Esta expedición venía a restaurar el orden colonial, no a promover insurrecciones populares. Escribe Encina:

“Los llaneros, los esclavos, los negros, los zambos, los indios y los malhechores, frenados los incentivos que los habían inclinado del lado del Rey (el saqueo de las ciudades y de las haciendas, el asesinato de los blancos y la apropiación de sus bienes y de sus mujeres) se

¹¹⁶ Rodríguez, p. 148; véase también, Heredia, pp. 40, 162-163, 194-195

¹¹⁷ OC, 1, p. 125

¹¹⁸ Uslar Pietri, pp. 99-101

desinteresaron de la causa realista; y los fusilamientos y castigos impuestos a los desertores y a los recalcitrantes, los iban a inclinar gradualmente del lado patriota.”¹¹⁹

La política española fue definida en función de la restauración de las estructuras de poder colonial, confiando para ello en Morillo, sus tropas y los blancos realistas, y no en los pardos y esclavos. No obstante, apunta Lynch, “Los pardos no podían olvidar sus recientes avances y rehusaron regresar a las condiciones anteriores a 1810. Antes que sufrir la desmovilización o la degradación, decidieron que tuvieron más que ganar del bandidaje o con la causa revolucionaria.”¹²⁰ Los patriotas —con Bolívar a la cabeza— dieron comienzo a un viraje estratégico que fue transformando la estructura del ejército republicano, haciéndole más “popular” ; y si bien “los criollos (blancos, AR) conservan en definitiva la dirección militar y política de la lucha, se abren a los pardos posibilidades de acceso a rangos elevados, disminuyendo así la distancia social entre tropas y cuadros.”¹²¹ El sector realista, en cambio, perdió gradualmente su enraizamiento en las masas, a lo que se sumó la desilusión creciente de los todavía fieles a la Corona ante la falta de una acción consistente por parte de España, en el esfuerzo por apoyar a Morillo y adelantar con la necesaria firmeza y eficacia una política de reconquista.¹²²

¹¹⁹ T. III, p. 470. Estas observaciones reflejan las de Laureano Vallenilla Lanz, en su capítulo “Psicología de la masa popular” de **Cesarismo democrático** (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991), pp. 79-93. Los caudillos populares realistas odiaban a los soldados peninsulares recién llegados, y les consideraban parásitos, interesados en lograr algún compromiso, hacer fortuna rápida y largarse de Venezuela lo antes posible. Véase, Lynch, **América Latina...**, pp. 114-115

¹²⁰ Lynch, “Más allá de la revolución...”, pp. 220-221. Véase también, Encina, Tomo IV (1962), pp. 60-61; Plaza, p. 246

¹²¹ Carrera Damas, **La crisis...**, p. 97. Es correcta la aseveración de Lynch de que Bolívar “superó los límites de sus propios orígenes, al ampliar la base social de la revolución para atraer a los esclavos y la gente de color”, **América Latina...**, p. 256; véase también, **Las revoluciones...**, pp. 198, 207

¹²² Véase sobre este punto, Michael P. Costeloe, **La respuesta a la independencia** (México: FCE, 1989), p. 51. Las dificultades de adaptación de las tropas de Morillo al clima y al inhóspito terreno tropical le diezmaron prontamente y redujeron su capacidad de combate: “Cuatro años después de haber llegado a Costa Firme...el ejército de Morillo estaba reducido a menos de la tercera parte”, escribe Vallenilla Lanz. Véase, **Cesarismo...**, p. 25; también, Acosta Saignes, p. 220. A pesar de todo esto la causa realista se sostuvo hasta 1821, lo cual pone de manifiesto claramente la reticencia de muchos a asumir y respaldar la causa emancipadora.

Es de hacer notar que los desatinos de la política española hacia América, particularmente luego del retorno de Fernando VII al trono, reflejaron iguales desaciertos en el ámbito interno en la península, donde el Rey ejecutó una política “de venganza y de represión que ahondó más la división entre las dos españas” (liberal y monárquica, AR).¹²³ El esfuerzo militar encarnado en la expedición de Morillo no fue acompañado por una adecuada política de conciliación y compromiso, ajustada a los nuevos tiempos, que tomase en cuenta tanto las posibilidades como las limitaciones que una nueva situación colocaba en la agenda histórica.

La Guerra a Muerte había obstaculizado aun más las posibilidades de conciliación que pudiesen haber existido entre los dos bandos¹²⁴; después, la política restauradora de la Corona, ejecutada a través de Morillo, abrió las puertas a una segunda etapa de la contienda, bajo nuevas condiciones sociopolíticas, que Bolívar supo interpretar y explotar eficazmente. El neo-absolutismo de Fernando VII constituyó una respuesta miope a las revoluciones hispanoamericanas, una respuesta que no tomó en cuenta el cambio de actitudes y circunstancias, que reclamaban mayor lucidez y flexibilidad. La simple pretensión de restaurar las cosas al sitio en que se hallaban antes de 1810 resultaba quimérica, en vista de la conmoción que ya había sacudido los cimientos del poder colonial.

En lo que respecta a Venezuela en particular, la situación de “estado de naturaleza” Hobbesiano al que había descendido la sociedad entre 1813 y 1814 degradó en forma extrema los principios sustentadores de la convivencia; en tales condiciones, se imponía una política de mayor apertura, si es que la Corona pretendía nutrir el rechazo a los patriotas por parte de amplios sectores sociales y encauzar ese sentimiento en una dirección constructiva. No haber

¹²³ Marqués de Lozoya, **Historia de España** (Barcelona: Salvat Editores, 1977), Vol. VI, p. 7

¹²⁴ Sobre este punto, véase, Heredia, pp. 35-36, 146

actuado de esa forma fue un error estratégico esencial, que cimentó el camino de victoria para los independentistas.

En el terreno militar, el aprendizaje de Bolívar fue un poco menos rápido que en el aspecto político. Es importante observar que entre 1813 y 1818 Bolívar se aferró sistemáticamente a una estrategia directa, que buscaba golpear el poder español en su punto de mayor concentración y fortaleza, que en el caso venezolano se encontraba en el centro-norte del país (provincia de Caracas), la zona más poblada y rica y por tanto la mejor defendida por los realistas. La Campaña Admirable fue un surco en la tierra dirigido con pasmosa velocidad hacia Caracas; los desembarcos de 1816 y 1817 (expediciones de Los Cayos) también se orientaban a combatir en las regiones norteñas para forzar el paso hacia Caracas.

Como es sabido, Bolívar se vio obligado, en vista de su precaria situación militar, a trasladarse a la región de Guayana en 1817, y pronto empezó a percatarse de las ventajas estratégicas de esta posición, que le permitía recibir apoyo y suministros a través de las bocas del Orinoco, y le conectaba por vía fluvial hacia los llanos y el centro del país. Sin embargo, en 1818 Bolívar insistió, con su Campaña del Centro, en el enfoque estratégico directo, y una vez más desafió al poder español donde este último era más fuerte, obteniendo como resultado una severa derrota.

La decisión de 1819, tomada en vista de la parálisis estratégica en Venezuela, de atravesar los Andes con el ejército republicano y tomar a los realistas por sorpresa en la Nueva Granada, donde menos se le esperaba, constituye un ejemplo muy ilustrativo y exitoso de “estrategia indirecta”, tal y como ha sido codificada y explicada por el experto militar inglés Basil Liddell Hart.¹²⁵ El triunfo de Boyacá puede considerarse el “punto de inflexión” militar de la guerra de independencia en la Nueva Granada y Venezuela; a partir de allí

¹²⁵ B. H. Liddell Hart, *Strategy* (New York: New American Library, 1974), pp. 319-337

Bolívar no solamente consolidó decisivamente su posición política frente al resto de los caudillos patriotas, sino que adquirió los recursos y factores estratégicos necesarios para desarrollar una fructífera campaña contra el centro de gravedad del poderío español, campaña que culminó en Carabobo dos años más tarde. Boyacá fue el producto del fracaso de la campaña del centro en 1818, y de la agudeza estratégica de Bolívar, fraguada en la dura escuela de sucesivos reveses, luego convertidos en victorias.

El triunfo final de Bolívar, en el aspecto militar, se debió también en medida importante a la calidad y eficacia de su liderazgo, a su enorme perseverancia, a sus dotes carismáticas y capacidad para inspirar a sus seguidores, convertir masas informes en ejércitos aguerridos y hombres sin escuela en oficiales capaces de vencer, en medio de un contexto pleno de adversidades por lo difícil del terreno, lo agreste del clima y lo primitivo del ambiente socioeconómico.¹²⁶ No es de ninguna manera exagerado afirmar que la lucha de independencia conducida por Bolívar, pone de manifiesto la relevancia que en determinadas circunstancias tiene el papel de un individuo en el curso de complejos y amplios eventos colectivos.¹²⁷

6

Los costos materiales y espirituales de la independencia venezolana fueron enormes. A mi modo de ver, ha sido Vallenilla Lanz quien con mayor sensatez resumió lo que ese proceso significó para esta sociedad, cuando dijo que en la lucha emancipadora "...Venezuela ganó en gloria lo que perdió en elementos de reorganización social, en tranquilidad futura y en progresos moral

¹²⁶ Sobre este punto, véase, Encina (Tomo IV, 1962), pp. 350, 359

¹²⁷ El más elocuente testimonio al respecto lo produjo el propio Pablo Morillo, en su informe reservado al gobierno de Madrid, luego de su entrevista con Bolívar: "Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo. Su arrojo y su talento son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra: pero es cierto que tiene de su estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuantos le rodean. *El es la revolución.*" Citado en, Indalecio Liévano Aguirre, **Bolívar** (Bogotá; Editorial Oveja Negra, 1985), p. 237

y material efectivos.”¹²⁸ Si bien no condenó de manera explícita la revolución de independencia, Vallenilla Lanz sí la interpretó como un hecho profundamente desestabilizador, como “el origen y desenvolvimiento necesario y fatal de todos los gérmenes anárquicos que brotaron con cizañas venenosas al romperse la disciplina social de la colonia.”¹²⁹ La independencia trastocó un proceso evolutivo gradual y constante, dando cabida a un “desorden orgánico” que alteró gravemente la salud y equilibrio de ese organismo social, producto de tres siglos de maduración. En síntesis, escribe Elena Plaza glosando a Vallenilla Lanz, “El vacío institucional y político que la independencia produjo trajo como consecuencia la anarquía, la guerra perenne y el enfrentamiento de partidos.”¹³⁰ Como hemos visto en páginas anteriores, la evaluación que hizo el propio Bolívar, todavía colocado muy cerca de los eventos, fue una premonición de lo que más tarde diría el autor de **Cesarismo democrático**. Escribiendo en 1828, Bolívar llegó a afirmar cosas como ésta: “Muchas veces me arrepiento de ser americano, porque no hay cosa por eminente que sea que no la degrademos”¹³¹, y su pronóstico fue simple: “Estos países no pueden progresar en los primeros cien años.”¹³² Al menos en lo que respecta a Venezuela Bolívar no se equivocó, y las razones se deducen sin dificultad de estos datos que aporta Lynch:

“La población de Caracas descendió de 50.000 habitantes en 1812 a 21.000 en 1814, la de Cumaná de 16.000 a 5,236 en el mismo período. Venezuela perdió 134.487 de sus habitantes entre 1800 y 1816, y se calcula que perdió 262.000 durante toda la guerra. La población total descendió de 800.000 en 1810 a poco más de 700.000 en 1825.”¹³³

¹²⁸ **Cesarismo...**, p. 23

¹²⁹ Citado en, Elena Plaza, ob. cit., pp. 247-248

¹³⁰ Ibid., pp. 342-343

¹³¹ **OC**, 2, p. 374

¹³² Bolívar al Comodoro Hul. Citado en, Laureano Vallenilla Lanz, **Críticas...**, p. 112

¹³³ **Las revoluciones...**, p. 216. En otro estudio Lynch aporta estos datos: “En la provincia de Caracas la población bajó de 250.278 en 1810 a 201.922 en 1816. En toda Venezuela la población declinó desde 898.043 en vísperas de la independencia, hasta 767.100 en 1822.” Véase, “Más allá de la revolución...”, pp. 226-227. Arturo Uslar Pietri se expresa así sobre el tema: “La tercera parte de la población venezolana pereció, directa o indirectamente, en la guerra. La prosperidad alcanzada a fines del siglo XVIII desapareció. El arcaduz quedó sin agua, la tierra sin semillas, en arado sin brazos. Los campesinos se volvieron soldados...El antiguo mayordomo era ahora General o magistrado. Los soldados que regresaban no sabían volver al campo. Preparaban golpes armados contra las autoridades o merodeaban las soledades como bandoleros”, en, **Bolívar hoy** (Caracas: Monte Avila Editores, 1983), p. 27

Esta hecatombe marcó al país por más de un siglo en cuanto a lo material, pues solamente a mediados del siglo XX empezó la sociedad venezolana a levantar cabeza, gracias primordialmente al flujo financiero proveniente del petróleo. Las huellas espirituales son también evidentes, aunque más difíciles de precisar en sus diversas dimensiones y alcances. Autores extranjeros son lapidarios en sus juicios sobre el significado de todo esto. Según Jaime Rodríguez, por ejemplo, “Ninguno resultó vencedor en la guerra civil venezolana. La élite americana no logró alcanzar el autogobierno, ya fuera dentro de la nación española o por medio de la independencia. Los españoles europeos quedaron virtualmente exterminados. Los pardos, negros y esclavos tampoco alcanzaron ni la igualdad ni la libertad. Venezuela quedó devastada y fueron necesarios muchos años para restaurar el orden y la prosperidad.”¹³⁴ Encina es, si cabe, aun más severo:

“La revolución de la independencia, lejos de consolidar la estructura social hispanoamericana...la empeoró desde el punto de vista de la estructuración política...Lo que la historia necesita registrar es el hecho de que, bueno o malo...el régimen que feneció en 1810 era la expresión de los sentimientos, las creencias, los ideales, y las aptitudes de los pueblos hispanoamericanos hacia esa fecha...cesó la asimilación de lo que se ha sido por lo que se es, y de lo que se es por lo que será. Se produjo la ruptura de la tradición, el interregno entre el pasado colonial que murió y las nuevas fuerzas espirituales y formas políticas que, surgiendo de sus propias entrañas, debieron reemplazarlo. Sociológicamente los pueblos hispanoamericanos nacieron con la espina dorsal fracturada.”¹³⁵

Pienso que una evaluación de especial relevancia es la de Viso, pues apunta hacia la cuestión clave del *proyecto político* inmaduro e inconcluso de los mantuanos, de una aristocracia que alentó y luego se lanzó a la ligera a un torbellino revolucionario que acabó por arrastrarla al naufragio. En sus palabras:

¹³⁴ **La independencia...**, p. 149

¹³⁵ Tomo VI, pp. 64, 67, 74

“...no sólo debe concluirse que la Independencia es prematura en el momento de ser auspiciada por la Revolución, sino que resulta inconveniente por el hecho mismo de formar parte de un plan maestro de dominación concebido por la aristocracia, quien únicamente está interesada en independizarse del poder español y es *incapaz de promover un espacio interior para la libertad.*”¹³⁶ (Itálicas AR).

Esta última observación es esencial. El hecho cierto es que las revoluciones de independencia hispanoamericanas en general, y la venezolana en particular, no arrojaron como resultado —a diferencia de la revolución norteamericana de 1776— regímenes políticos aptos para el disfrute de la libertad por parte de sus integrantes. En tal sentido, las experiencias hispanoamericanas confirmaron lo dicho por Arendt en cuanto a que la idea de “liberación” (de un poder colonial, por ejemplo) es distinta a la idea de “libertad”. La liberación puede ser una condición de la libertad, pero no conduce a ésta de manera automática.¹³⁷ La evidencia documental sugiere que Bolívar concentró sus miras en el problema de la liberación, más no así en la cuestión de la libertad en cuanto atañe, por un lado, a la protección de una esfera autónoma para los individuos y a su participación política, y por otro a la cuidadosa limitación de los poderes del gobierno. Su pensamiento político, como hemos visto, se orientó más bien hacia una especie de autoritarismo paternal, que si bien no alcanzaba los extremos del despotismo y la tiranía, tampoco abría mayores posibilidades para el desarrollo autónomo de los individuos en una comunidad abierta. No niego que, en términos ideales, haya considerado tal meta algo deseable, pero sólo a muy largo plazo y como consecuencia de un lento proceso de maduración de pueblos a los que percibía como “insensibles a los encantos del honor y de la prosperidad nacional”, ya que “miran con indolencia la gloria de vivir en el movimiento de la Libertad...”¹³⁸

¹³⁶ Angel Bernardo Viso, **Las revoluciones terribles**, pp. 144-145

¹³⁷ Arendt, p. 29

¹³⁸ OC, 2, p. 1137. Carrera Damas enfatiza que Bolívar rechazaba el sistema político norteamericano “por considerarlo contrario al interés fundamental de restablecer la estructura de poder interna, desquiciada por la guerra”, y requerida de un fuerte poder central. Véase, **Venezuela...**, pp. 82, 84-85, 93. Habría que añadir que el modelo norteamericano encarnaba una realidad de libertad, de origen “liberal” (Locke, Smith,

En realidad, las revoluciones hispanoamericanas, conducidas por aristocracias criollas que básicamente anhelaban controlar el poder político e imponer su dominio sobre el resto de la sociedad, carecieron de un sustrato de pensamiento equivalente al que caracterizó la experiencia del nacimiento de los Estados Unidos.¹³⁹ Lo que dijo Joaquín Campino respecto al caso chileno se aplica a la generalidad de los estallidos de 1810: “La revolución...se hizo por odio al gobierno colonial y los peninsulares sin que nadie tuviese idea fija acerca del gobierno que debía en consecuencia establecerse después.”¹⁴⁰ De allí que las revoluciones hispanoamericanas hayan sido más bien “rebeliones” —en el sentido que explica Arendt; es decir, insurrecciones que no se referían esencialmente al establecimiento de la libertad, sino a la conquista del poder político como instrumento para el ejercicio del dominio social.¹⁴¹ En cambio, el objetivo de la revolución norteamericana fue fundar la libertad y establecer instituciones duraderas: su producto fue una Constitución aun vigente; el de las revoluciones hispanoamericanas, una cadena de dictaduras que se extendió por décadas.

La revolución norteamericana, escribió Tocqueville, “se originó en un reflexivo y maduro apego a la libertad, y no en algún vago e indefinido instinto de independencia, de ausencia de orden y de límites. No fue guiada por pasiones exaltadas; al contrario, avanzó en estrecha vinculación con el apego al orden y a la legalidad.”¹⁴² Es decir, una situación muy diferente al desbordamiento anárquico en que desembocó la experiencia emancipadora de la parte sur del continente, en lo que tiene que ver con la organización social y la

Hume), que contrastaba con el concepto rousseauiano dominante en el paradigma conceptual bolivariano. Sobre este tema, véase, Luis Castro Leiva, **Sed buenos ciudadanos** (Caracas: Alfadil Ediciones, 1999), pp. 32-64, 91-126

¹³⁹ El más notable ejemplo de la riqueza conceptual de la revolución norteamericana es, desde luego, el conjunto de documentos compilados bajo el título de **The Federalist**. La edición definitiva es la de la Wesleyan University Press, Hanover, NH, 1961

¹⁴⁰ Citado en, Encina, T. VI, pp. 78-79

¹⁴¹ Arendt, pp. 32, 34, 40, 66, 68, 92, 119, 159, 198

¹⁴² Alexis de Tocqueville, **Democracy in America** (New York: Harper & Row, 1966), p. 64

institucionalidad política. Las nuestras fueron “revoluciones terribles”, según el término empleado por Viso; en otras palabras —y a semejanza de las revoluciones francesa, rusa, china y cubana, estas tres últimas más cercanas a nuestros días— fueron revueltas exitosas de minorías mesiánicas, que reivindicaron para sí la “razón histórica” y arrastraron a su paso masas informes, que a su vez suplantaron una sujeción por otra.¹⁴³ En lugar de apropiarse de la tradición y enriquecerla, como en efecto hicieron los llamados “Padres Fundadores” de los Estados Unidos, nuestros próceres arrancaron de raíz la tradición en busca de anhelos imprecisos de reformas políticas, repudiando temerariamente el pasado y estableciendo una perdurable e irreductible incongruencia entre los ideales proclamados y las realidades de nuestra vida como pueblos, incongruencia que en no poca medida continúa definiendo nuestra existencia colectiva. Los norteamericanos recuperaron lo mejor del legado colonial y lo superaron; nosotros pretendimos destruir la herencia de tres siglos, liquidando el pasado español, y amanecimos luego de la independencia en patética orfandad.

La nuestra, en síntesis, fue una independencia lograda por imposición, no por consenso, un cataclismo que produjo una fractura radical entre el pasado y el porvenir de la nación, origen a su vez de nuestro olvido de lo que nos ha precedido y de la pérdida de nuestro sentido de identidad. Es tan profundo ese rasgo de nuestra vida como pueblo, que, por ejemplo, este mismo año (2001) el Jefe del Estado venezolano ha anunciado que trasladará al Panteón Nacional los “restos” (simbólicos) del Cacique o líder indígena Guaicaipuro, quien combatió a los españoles en las primeras etapas de la conquista. Cabe preguntarse, ¿y por qué no llevar también a ese “templo de la nacionalidad” a uno de los primeros peninsulares que acá vinieron, a Diego de Losada —para citar alguno—, cuya sangre, language y legado cultural en general son igualmente parte de nosotros? La respuesta es simple: la ruptura con aquellos a

¹⁴³ Véase, Viso, **Las revoluciones terribles**, pp. 17, 53, 58, 113, 134, 151, 174

quienes Bolívar juró “una guerra eterna y un odio implacable”¹⁴⁴ sigue siendo parte de nuestra conciencia colectiva, una conciencia que en no poca medida define su identidad en función de la visión puramente heroica de la independencia, y en consecuencia en función del combate “eterno” contra el pasado en lo que concierne a su parte española. A algunos esto puede sonar excesivo, pero estoy persuadido de que no lo es.

De modo pues que el proceso de emancipación instauró entre nosotros una discontinuidad estructural, destruyendo lo que había en términos de andamiaje institucional-cultural, para abrir en su lugar un enorme vacío, que ha sido llenado a lo largo de nuestra evolución histórica, y con escasos interludios, por el personalismo político. Es en este terreno, el del vacío de identidad y quiebre psicológico, donde se enraíza el culto a Bolívar y su mitificación oficial. En tal sentido, la palabra “mito” no debe entenderse como una “falsa realidad”, sino en su significado antropológico, es decir, como el conjunto de creencias que dan forma a la memoria colectiva de un pueblo respecto a su pasado, un sistema de creencias que conforma a su vez la visión del mundo en el que viven y de su lugar en el mismo. Es a través de los mitos, dice Steiner, como el hombre comprende “el sentido del mundo, como lo experimenta de una forma coherente, como afronta su presencia irremediamente contradictoria, dividida, ajena.”¹⁴⁵ El palpable vacío, la orfandad psicológica que como pueblo nos legó el cataclismo ocurrido entre 1810 y 1830 requería entonces de un mito heroico para actuar como factor de integración nacional, y ese mito ha sido construido a través del tiempo sobre dos pilares: la visión puramente epopéyica de la emancipación y el culto a Bolívar.

Acierta por tanto Carrera Damas cuando apunta que el culto a Bolívar es un fenómeno psicosocial que expresa una conjunción de factores y circunstancias históricas definidas, en cuyo origen se encuentran hechos y

¹⁴⁴ OC, 2, p. 1011

¹⁴⁵ George Steiner, **Nostalgia del absoluto** (Madrid: Ediciones Siruela, 2001), p. 63

necesidades auténticas.¹⁴⁶ Esta observación corrige parcialmente su perspectiva inicial, desarrollada en su importante obra primigenia en torno al tema, según la cual el culto a Bolívar y la deificación del héroe constituían fundamentalmente acciones deliberadas de la “clase dominante” para manipular al pueblo.¹⁴⁷ El asunto es —como he intentado mostrar— bastante más complejo, y toca aspectos muy hondos del alma nacional. Y no deja de ser triste comprobar que la visión puramente heroica de la emancipación, y el culto cuasi-religioso a Bolívar, son mitos integradores que, en verdad, nos sirven para ocultar el fracaso del presente mediante la glorificación de un pasado desfigurado, y la deificación de un hombre cuyas realidades vitales fueron mucho más contradictorias y dolorosas de lo que la “historia oficial” jamás se atreverá siquiera a sugerir.

No es, pues, el “culto a Bolívar” un instrumento de la clase dominante para adormecer al pueblo; es, más bien, el instrumento de todo un pueblo para autoengañarse respecto a nuestro fracaso como sociedad, para no hacer frente a nuestra incapacidad, hasta ahora, para edificar un orden sociopolítico estable y libre, que haga posible la prosperidad de la mayoría. El “culto” es un *consuelo*, sin que ello implique negar la importancia del respeto la memoria de un hombre grande, como lo fue Bolívar. Esto último es distinto a exaltar ese merecido reconocimiento al plano de lo cuasi-religioso, simplificando y distorsionando la historia para ajustarla a las exigencias del mito.

7

En su *Mensaje al Congreso Constituyente de Colombia*, fechado el 24 de enero de 1830, el año de su muerte, Bolívar escribió esto:

¹⁴⁶ Germán Carrera Damas, **Jornadas de historia crítica** (Caracas: Ediciones de la Biblioteca, U.C.V., 1983), p. 85

¹⁴⁷ Véase, Carrera Damas, **El culto a Bolívar**, pp. 49-50, 60-61, 244

“Ardua y grande es la obra de constituir un pueblo que sale de la opresión por medio de la anarquía y de la guerra civil, *sin estar preparado previamente para recibir la saludable reforma a que aspiraba...* Conciudadanos! Me ruborizo al decirlo: *la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás.*”¹⁴⁸ (Itálicas AR).

Como siempre que decidía expresarse tal y como le indicaban sus más íntimas convicciones, Bolívar reiteró en ese mensaje, escrito el último año de su vida, ideas que le acompañaron desde los albores de su extraordinaria carrera como hombre de armas y caudillo de un vasto movimiento histórico. Llamar a Bolívar, sin más, “alfarero de repúblicas” es no obstante una denominación que posiblemente a él mismo le habría sorprendido, pues si bien es cierto que su espada contribuyó decisivamente a *libertar* a varias naciones, a emanciparlas de un poder colonial, no es menos verdadero que las repúblicas que emergieron de esa gesta distaban mucho de ajustarse al modelo que vislumbró en sus escritos más notables; no fueron, en otras palabras, repúblicas donde imperase la *libertad*, pues —como afirmó— “la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás.”

Una evaluación equilibrada de la carrera de Bolívar debe a mi modo de ver fijar la atención tanto en su aspiración a la gloria militar, objetivo que logró con creces, como en su parcial fracaso político, en lo que tiene que ver con su frustrado empeño por dar forma a una gran nación (la Gran Colombia), y establecer regímenes políticos estables y prósperos para los pueblos emancipados. De igual manera, es legítimo preguntarse hasta qué punto la ambición de gloria personal, que fue un motivo central en la gesta de Bolívar — como lo prueban incontables documentos y testimonios—,¹⁴⁹ le impulsó hacia

¹⁴⁸ OC, 2, pp. 1270, 1275

¹⁴⁹ Véase, por ejemplo, OC, 1, pp. 224, 578, 585, 738, 784, 884, 986, 1043 ; OC, 2, pp. 414, 488; Encina, T. 2, pp. 578-583, 701-706; T.6, p. 126. Encina llega a sostener que “En Bolívar la gloria por la gloria misma se convirtió gradualmente en el supremo ideal de su vida”, T. 2, p. 702. Carrera Damas, por su parte, habla de la ambición de gloria personal como una “idea fija” en Bolívar, y dice que si algún rasgo en su personalidad ha sido reconocido unánimemente, es precisamente “su deseo de gloria”, **El culto...**, p. 87. Dice Schutz que: “No puedo comprender una cosa social sin reducirla a la actividad humana que la ha creado y, más allá de ello, sin referir esta actividad humana a los motivos que la originan”, en, **Estudios**

adelante a pesar de su aguda conciencia, que se hacía más intensa a medida que corría el tiempo, acerca del fatal desenlace que aguardaba sus esfuerzos.

Desde esta perspectiva —la del choque entre sus expectativas y la “fuerza de las cosas”, entre su ánimo creador y su conciencia de que el material sociopolítico con que actuaba no podía alcanzar las cimas de orden y civilización a que aspiraba, entre su ambición y su lucidez—, desde esa perspectiva, repito, Bolívar se nos presenta como un verdadero “héroe trágico”. Ahora bien, en la tragedia griega clásica los héroes se encuentran sujetos a un destino que casi les avasalla; el héroe trágico “no ve, ya que se halla lo más alejado posible del conocimiento trágico...es lo opuesto a lo que corrientemente se llama conciencia trágica. Concentrado en su objetivo, se esfuerza en olvidar su propia historia, en negar su destino.”¹⁵⁰ No se trata de que en la tragedia clásica la catástrofe sea inevitable, no importa lo que el héroe haga o deje de hacer¹⁵¹; más bien, los desastres que pueden ser evitados constituyen buena parte del drama clásico.¹⁵² El tema del hombre cegado y conducido a su perdición por los dioses tiene su contrapartida en la idea de *hubris* o “pecado de soberbia”: En realidad, son los hombres, con su desmedido orgullo, los que se ciegan a sí mismos. Parece claro, no obstante, que los héroes de la tragedia clásica carecen de esa aptitud autoreflexiva que es característica de lo *moderno*. Dice Steiner que la conciencia de sí mismo y la subjetividad reflexiva son precisamente los rasgos definitorios del héroe moderno; en la tragedia antigua el héroe *sufre* su fatal destino, en tanto que en el drama moderno el héroe se yergue y sucumbe enteramente por obra de sus propios actos, y no mediante la intervención insuperable de los dioses.¹⁵³

sobre teoría social (Buenos Aires: Amorrortu, 1974), p. 23. Esta observación debe tenerse muy presente a la hora de *comprender* a Bolívar.

¹⁵⁰ Jean-Marie Domenach, **El retorno de lo trágico** (Barcelona: Ediciones Península, 1969), pp. 21, 33

¹⁵¹ Tal vez la única excepción sea *Edipo Rey* de Sófocles.

¹⁵² Esto lo señala Walter Kaufmann, **Tragedy and Philosophy** (Princeton: Princeton University Press, 1992), p. 313

¹⁵³ George Steiner, **Antígonas** (Barcelona: Editorial Gedisa, 2000), pp. 71-72

En este orden de ideas, puede afirmarse que Bolívar reúne los principales rasgos del héroe trágico moderno. En palabras de Rodríguez Adrados:

“El sufrimiento es, efectivamente, el rasgo más general y característico del héroe trágico. Nada más lejos de él que ser víctima resignada de un destino adverso ante el que huye o víctima pasiva de un mundo incomprensible ante el que apenas trata de defenderse. Junto con la nobleza y decisión en la acción es el sufrimiento el tercer rasgo común del héroe trágico. Y es también el más general, ya que es el único que ha quedado definitivamente asociado al concepto de lo trágico en todas las centurias.”¹⁵⁴

Bolívar murió desencantado, acosado por el sufrimiento¹⁵⁵ y convencido de la futilidad de mucho de lo que había logrado. A la manera del *Edipo* de Sófocles, llegó a un fin trágico por la absoluta desolación en que desembocó su espíritu, pero era un fin en gran medida anunciado de antemano, *previsto por él mismo* desde muy temprano en su carrera, tal y como intenté mostrarlo en estas páginas. En este sentido hay que decir que las decisiones de Bolívar, la concepción de su papel, su voluntad de avanzar a pesar de su lúcida apreciación acerca de los resultados probables de su lucha, obligan a atribuirle una importantísima responsabilidad ética y política en cuanto al resultado final del proceso, resultado claramente desalentador en el plano superior de la creación político-institucional y del acuerdo moral de la existencia colectiva.

Fue, pues, Bolívar un “héroe trágico” en varios sentidos. Primeramente, por la crudeza y magnitud de su escisión personal con sus raíces y su pasado — y el de sus ancestros, estrechamente vinculados a España, hasta él mismo, casado con una española. En segundo lugar por la enormidad del riesgo que estuvo dispuesto a correr, personal, familiar, de su grupo social y de su mundo cultural en general, devorados finalmente por el huracán revolucionario. En tercer término, por el contraste entre su clara percepción sobre el resultado probable de la lucha y su implacable decisión de proseguirla y radicalizarla. En

¹⁵⁴ F. Rodríguez Adrados, *La democracia ateniense* (Madrid: Alianza Editorial, 1988), p. 131

¹⁵⁵ Para constatarlo, hay que leer sus cartas en los meses finales de su existencia, *OC*, 2, pp.949-989

cuarto lugar por la permanente contradicción en su pensamiento político entre, de un lado, su convicción sobre el imperativo de asumir fórmulas autoritarias de gobierno para controlar la anarquía, y de otro lado su debilidad —asociada a la protección de su imagen y de su gloria— hacia los formalismos del credo republicano. En quinto lugar por el perenne contraste entre, por una parte, su tendencia a concebirse a sí mismo como un “débil juguete de la fortuna”¹⁵⁶, un “vil juguete del huracán revolucionario que me arrebató como una débil paja”¹⁵⁷, y por otra parte su voluntarismo, así como su disposición a imponerse, al costo que fuese, sobre los eventos. Por último, es, también, de cierta forma trágica la manera como su carrera y su legado histórico han sido objeto de manipulación y distorsión por una “historia oficial” que pareciera hecha con base en la premisa de que aquéllos a quienes se dirige son un pueblo compuesto, no solamente por ignorantes, sino también por débiles mentales.

Los héroes trágicos combinan la grandeza y la fragilidad; son grandes por las tareas que se fijan a sí mismos, y son frágiles por el fruto de sus actos, casi siempre decepcionantes si se les mide en relación con sus aspiraciones. La grandeza de Bolívar, más allá de las hazañas militares, estuvo en su intención creadora en el ámbito político, en su sentido de responsabilidad, que al final llegó a imponerse sobre su ambición de gloria. Su fragilidad estuvo, quizás, en ser demasiado consciente acerca de las limitaciones del proyecto sobre el que labró su destino. Mas como dijo Sócrates, en una obra apócrifa atribuida a Platón, pero probablemente escrita por un miembro de la Academia en el siglo III a. C: “¿Cómo sabemos qué debemos pedir en nuestras oraciones? Un hombre puede implorar para sí mismo grandes males creyendo pedir un bien, sobre todo si los dioses deciden otorgarle todo lo que les pide.”¹⁵⁸

¹⁵⁶ OC, 2, p. 1070

¹⁵⁷ Ibid., 2, p. 1133

¹⁵⁸ Citado por Schutz, p. 269

